

Sy G-E 197

5

6

D. C. A

8

CB 1129348

L. 104855

R

COLECCION
DE
Cuentos Morales
de
El Financiero
de
Cuentos Morales

CUENTOS MORALES

AMERICANOS

Y ORIENTALES.

CUENTOS MORALES

AMERICANOS

Y ORIENTALES.

COLECCION
DE
CUENTOS MORALES
QUE CONTIENE
EL ZIMEO,
NOVELA AMERICANA
LAS FABULAS ORIENTALES
Y EL ABENAKI.

LOS DA A LUZ
TRADUCIDOS DEL FRANCÉS
D. FRANCISCO DE TOXAR.

SALAMANCA:
EN LA IMPRENTA DEL EDITOR.
AÑO DE 1796.
*Se hallará en la Librería de
D. Joseph Alegría.*

COLECCION

DE

CUENTOS MORALES

QUE CONTIENE

EL ZIMBO

NOVELA AMERICANA

LAS TABLAS ORIENTALES

Y EL ABENAKI

LOS DA A LOS

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS

EL FRANCISCO DE TOKAR.

ESTAMPADA

EN LA IMPRIMERIA DEL EDITOR.

AÑO DE 1790.

En la Librería de la Universidad de

D. Joseph Alegre.

En el Semanario de Salamanca se publicó ya el cuentecito del Abenaki, con una idea del autor del Zimeo, y algunas pruebas de los cuentos ó fabulas orientales que ahora publicamos. En el mismo Periódico se ofreció, que al cuento del Abenaki el de Zimeo le seguiria despues; pero teniéndose que partir una novelita tan unida y tan interesante no siendo susceptible aquel Periódico de contenerla ni aun en dos números, su Editor actual ha juzgado ofrecerla con mas dignidad al público en la forma que aquí se halla. Igualmente ha creído oportuno unir á él los cuentos

orientales y aun el mismo Abenaki, para que los lectores tengan juntas todas las piezas prosaycas del poeta filosofo San-Lambert autor del delicioso poema de las estaciones.

Ya el público ha visto y apreciado la Sara Th.... novela inglesa del mismo autor, traducida por Doña Maria Antonia de Rio y Arnedo impresa casi en esta misma forma. Esta novela podra hacer formar juicio del Zimeo que es todavía mas patético. Los cuentos orientales son de un género enteramente nuevo y desconocido entre nosotros; pero de uno y otros se podrá considerar mas imparcial el juicio publicado en el mercurio

de Francia que por todo elogio copiamos á la letra.

Uno de nuestros primeros Escritores que mejor han demostrado quan bien pueden hermanarse la Poesía y la Filosofía, prestándose bellezas recíprocamente la una á la otra, despues de haber empleado todas las riquezas en un género de fábulas, de que es inventor entre nosotros, nos ha enseñado como se puede crear un nuevo género de literatura con los objetos, y las costumbres que ofrece la América. Tal es el cuentecito del Abenaki, cuyo fondo es una expresion sublime escapada al alma de un salvaje, y tal el cuento

del Zimeo, cuyo Héroe es un Negro de gran carácter por las dos pasiones de su especie, el amor, y la venganza, y un hombre eloqüente, por su sensibilidad física que es mas viva en tal raza de hombres. Las costumbres pacíficas de los Quakeros, y la pintura de los sitios deliciosos de la Jamaica hacen sobresalir mas la impetuosidad de un alma africana. Esta obra interesante tiene además el mérito de ser una de las mas patéticas declamaciones contra la esclavitud de los Negros, sin que se puedan esperar frecuentemente obras de un gusto tan esquisito, y de un talento tan original.


ZIMEO.
POR JORGE FILMER.

Los negocios de mi comercio me condujeron á la Jamaica, cuyo clima ardiente y húmedo, habiendo alterado mi salud, me hizo retirar á una quinta situada en la falda de las montañas hácia el centro de la

Isla, donde el ayre era mas fresco, y el terreno mas seco que en los contornos de la Ciudad; muchos arroyos corrían al rededor de la montaña revestida de la mas bella verdura, que entraban en el mar, despues de haber regado muchos floridos prados, é inmensas llanuras cubiertas de naranjos, de cañas de azucar, de árboles de café, y muchas habitaciones.

La alegre casa que yo ocupaba era de mi amigo Pablo Wilmot de Philadelphia, que tenia poco mas ó ménos mi mismo modo de pensar: su familia compuesta de una mujer virtuosa, y de tres niños aumentaba el contento que

teníamos de vivir juntos.

Quando mis fuerzas me permitieron algun exercicio, recorrí la campiña, donde ví una naturaleza nueva, y bellezas, de que no se tiene idéa en Inglaterra, ni en Pensilvania. Iba á visitar las quintas, cuya opulencia me encantaba, sus dueños me cumplimentaban con calor; pero notaba en su conversacion y fisonomía, yo no sé que de duro y feroz, que su cortesanía no tenia nada de bondad, y los veía rodeados de esclavos, que trataban con barbarie: me informé del tratamiento de estos esclavos, del alimento que se les daba, y me hacian temblar los exce-

sos de crueldad, que la avaricia puede inspirar á los hombres. Me volvía otra vez á casa de mi amigo con el alma abatida de tristeza, pero en ella recobraba al instante la alegría, viendo que allí reinaba la calma, y la serenidad tanto en los semblantes de los Negros como en los de los Blancos.

Wilmot solo exìgia de sus esclavos un trabajo moderado, y ellos trabajaban por su cuenta dos dias de cada semana sobre un terreno que se concedia á cada uno, para que lo cultivára á su gusto, y vendiera sus productos en utilidad suya. Un esclavo que se portaba como hombre de

bien por espacio de diez años, estaba seguro de su libertad: estos libertos quedaban unidos á mi Amigo, su exemplo daba esperanza á los demás, y les inspiraban costumbres. Yo veía á los Negros distribuidos en cuadrillas unidas entre sí, donde reynaba la concordia, y la alegría; todas las noches al entrar en la habitacion oía sus cánticos, é instrumentos, y veía sus bayles; rara vez habia enfermedades entre ellos, y jamás pereza, ni robo, ni suicidio, ni conspiracion, ni alguno de estos delitos que la desesperacion hace cometer, y que arruinan algunas veces nuestras Colonias. Habia tres

meses que yo estaba en la Jamaica quando un negro de Benin , conocido por el nombre de Jhon , hizo que los Negros de dos ricas Quintas se sublebasen , asesinó á los señores de ellas , y se retiró á la montaña. Se sabe que esta montaña está en el centro de la Isla, que es casi inaccesible , y que está rodeada de fecundos valles , donde se han refugiado los Negros reveldes , que se llaman Negros Marones , y que no nos habian hecho la guerra largo tiempo ha, contentándose solo , quando desiertan algunos esclavos , con hacer correrias , para vengar á los desertores de los malos tratamientos que

han recibido. Pero luego que se supo que Jhon habia sido elegido por Gefe de los Negros Marones, y que habia salido de los valles con un cuerpo considerable, la alarma se extendió al instante en la Colonia, sus tropas avanzaron hácia la montaña, y se apostaron soldados en las quintas, que se podian defender.

Wilmut entró un dia en mi cámara un poco antes de salir el Sol. El Cielo, me dijo, castiga al hombre injusto, y he aquí acaso el dia, en que el inocente será vengado: los Negros Marones han sorprendido nuestras avanzadas, han destrozado las tro-

pas que las defendian, y se han dispersado en la llanura; se esperan socorros de la Ciudad; se encadenan en todas partes á los esclavos; pero yo no, yo voi á armar á los míos. Fuimos con efecto á juntar nuestros Negros, y les llevamos espadas, y algunos fusiles. Amigos míos, les di- xo Wilmot, ved aquí armas; si yo he sido para vososotros un señor cruel, dadme la muerte, pero si yo no he sido para vosotros mas que un buen padre, venid á defender á mi Muger y mis hijos.

Los Negros lanzáron grandes gritos, y juraron, señalando al Cielo, y poniendo despues la mano sobre la tierra,

que todos ellos perecerían por defendernos. Aun hubo algunos, que se hirieron sus carnes con cuchillos, para probarnos lo poco que les costaba derramar su sangre por nosotros: otros iban á abrazar los hijos de Wilmot. Como Jhon era señor de la llanura, era imposible retirarse á la Ciudad, y necesitabamos defender nuestra habitacion. Yo propuse á los Negros fortificar un almacén, que estaba quatrocientos pasos de la casa, y bien atrincherado podia ser un Castillo contra enemigos sin artilleria. Los Negros se pusieron inmediatamente al trabajo, y gracias á su zelo, la obra fue conclui-

da en un instante. Entre los esclavos de Wilmot habia un negro llamado Francisco, que yo encontré abandonado en la ribera de una Colonia, donde se le acababa de cortar una pierna, y una negra jóven que tenia junto á sí un niño de algunos dias, detenía su sangre, y lloraba de la inutilidad de sus cuidados; yo hice llevar el Negro á mi baxél, y la Negra me conjuró que no la separase de él, y que la recibiese con su hijo. Consentí en ello, y supe que eran esclavos de un hombre, que habia dicho á la jóven Marien, (éste es el nombre de la bella Negra), algunas proposiciones mal recibidas,

y que Francisco habia querido avergonzarle. El amo se vengo , pretendiendo que estos dos esclavos eran Christianos , porque se les habia dado, segun el uso de las Colonias , nombres christianos, y habiendo sorprendido al Negro en algunas prácticas religiosas, usadas en Benin, le hizo mutilar cruelmente jactándose de que le habia hecho gracia. Yo fuí á buscar á aquel barbaro, y le propúse me vendiera estos infelices: al principio puso alguna dificultad, pero la suma que le ofrecí lo allanó todo. Llevé conmigo á los esclavos, y se los regalé á Wilmut. Marien se habia hecho

la amiga de su Muger, y Francisco por su talento, sus conocimientos en la agricultura, y sus costumbres habia merecido la confianza de Wilmut y la estimacion de todo el mundo. Este mismo esclavo nos vino á buscar al anochecer, y nos dixo: El Gefe de los Negros ha nacido en Benin y adora al grande Orisa, Señor de la vida, y Padre de los hombres; él debe tener justicia y bondad, y vendrá á castigar á los enemigos de los hijos de Orisa; pero vosotros, mirándonos á Wilmut y á mí, vosotros los habeis consolado en su miseria, y él sabrá respetaros: envid á este

hombre uno de los adoradores de Orisa, uno de nuestros hermanos de Benin; Wilmut, que él vaya á decir á los Guerreros con que alimentos mantienes á tus esclavos, que les cuente tu amistad por nosotros, la paz en que vivimos, nuestros placeres, y nuestras fiestas, y tú verás á estos Guerreros arrojar sus fusiles, y echar sus azagayas á tus pies.

Nosotros seguimos el consejo de Francisco: se despachó un Negro jóven al Gefe de los Negros, y esperando su vuelta mi Amigo y yo nos dormimos tranquilamente, porque los esclavos velaban al rededor de nosotros.

El dia comenzaba á esclarecer, quando me despertaron los gritos, y un ruido de mosquetería, que salia de la llanura, y parecia acercarse de momento en momento: y abrí la ventana. He dicho que la casa de Wilmut estaba situada al declive de la montaña, y que la vista se extendía sobre una llanura inmensa cortada con arroyos, y cubierta de lindas casas, y de todas las riquezas que puede dar una tierra fecunda y bien cultivada. El mayor número de casas estaban ardiendo, doscientos ó trescientos turbillones de una llama roxa y sombría se elevaban de la llanura hasta la cima de las mon-

rañas, á cuya altura la dete-
 nía una nube larga y negra,
 formada de los dulces vapo-
 res de la montaña y del hu-
 mo de las quintas incendia-
 das. Mis miradas, pasando por
 encima de esta nube, descu-
 brian el mar centelleando con
 los primeros rayos del Sol,
 que iluminaban igualmente
 las flores que la bella verdu-
 ra de estas ricas comarcas, y
 doraban la cima de las mon-
 tañas y la fachada de las casas,
 que el incendio había perdo-
 nado. En algunas partes de
 la llanura se veían pastar los
 ganados con seguridad; y en
 otras partes los hombres y
 los animales huían atravesan-
 do la campiña: los Negros

furiosos perseguian con sable
 en mano á mis conciudadanos
 infelices, y los asesinaban al
 pie de los naranjos, de los
 cafés, y de las cañas dulces
 en flor. Al rededor de nues-
 tra habitacion se oían murmu-
 rar los arroyos, y cantar los
 pajarillos; el ruido de la mos-
 quetería, los gritos de los
 Blancos degollados, y de los
 Negros cebados en la carnicer-
 ía llegaban de la llanura, has-
 ta mí; esta campiña opulenta
 y desolada, estos ricos pre-
 sentes de la tierra, y estas
 desolaciones de la vengan-
 za, y las bellezas tranquilas
 de la naturaleza y los gritos
 de la desesperacion, y el fu-
 ror me excitaron pensamien-

tos melancólicos y profundos; un sentimiento mezclado de reconocimiento hácia el gran Ser y de piedad por los hombres me hizo derramar lágrimas.

Yo salí de la casa con mi Amigo, embiamos á las mugeres y los hijos al almacén atrincherado, y nosotros bajamos despues á un bosque de cedros, que nos quitaba la vista de una parte de estas escenas horribles. Bien pronto vimos volver al Negro, que habiamos enviado á los enemigos, al frente de quatro Negros armados, que por sus gritos, sus gestos, y sus saltos nos anunciáron desde lexos las buenas nuevas que trahían.

¡O mi Señor! dixo él á Wilmut, el Gefe de los Negros es tu amigo, vé aqui sus mas queridos servidores, que él te envia, y al instante vendrá el mismo.

Supimos que Jhon degollaba sin piedad hombres, mugeres y niños en las casas donde los Negros habian sufrido malos tratamientos; que en las otras se contentaba con dar la libertad á los esclavos; pero que ponía fuego á todas las que los dueños abandonaban. Al mismo tiempo supimos que el Gobernador se disponia á hacer salir un nuevo cuerpo de tropas; que todos los colonos que habian tenido el tiempo de retirarse, se

habian armado con aquellos Negros que les quedaron fieles, y que estas fuerzas no tardarian en venir contra Jhon. Vimos tambien que estos Negros Marones cargados de despojos dirigian su retirada hácia la montaña, tomando su ruta bastante cerca de nuestra casa : una treintena de hombres se destacó de esta corta armada, y se avanzó hácia nosotros: el terrible Jhon venia á su frente.

Jhon, ó mas bien Zimeo, porque los Negros Marones dexan luego estos nombres europeos puestos á los esclavos, que llegan á las Colonias, Zimeo era un jóven de veinte y dos años : las esta-

tuas de Apolo, y de Antino o no tienen rasgos mas regulares, ni mas bellas proporciones: yo fuí sorprendido sobre todo de su ayre de grandeza, y me pareció un hombre nacido para mandar á los demás: todavia estaba animado de calor del combate, pero al llegar á nosotros sus ojos exprimieron la beneficencia, y la bondad: despues se pintaron alternativamente sobre su rostro sentimientos opuestos; casi en un mismo momento estaba triste y alegre, furioso y tierno. Yo he vengado á mi raza y á mí, exclamó, hombres de paz no aparteis vuestros corazones del infeliz Zimeo: no

tengais horror de la sangre que me cubre, que es la del malvado, y que por espantarle yo no limitó mi venganza. Que vengan de la Ciudad vuestros tigres, que vengan y vean á aquellos que se les parecen ahorcados de los árboles, rodeados de sus mugeres y de sus hijos asesinados: hombres de paz no apartéis vuestros corazones del infelíz Zimeo.... El mal, que os quiere hacer, es justo, y volviéndose despues hácia nuestros esclavos, les dixo, elegid entre seguirme á las montañas ó quedaros con vuestros señores.

A estas palabras nuestros esclavos rodearon á Zimeo,

y le hablaron todos aun mismo tiempo, ponderando las bondades de Wilmut y su felicidad, en prueba de lo qual querian llevar á Zimeo á sus cabañas, para hacerle ver quan sanas eran, y provistas de comodidades, y le mostraban el dinero, que habian adquirido. Los libertos venian á alabarse de su libertad, caían despues á nuestros pies, y estaban ufanos de besarnoslos en presencia de Zimeo. Todos los Negros juraban, que perderian antes la vida que separarse de nosotros: todos tenian las lágrimas en los ojos, y hablaban con una voz entrecortada, y todos sentían no

expresar con bastante fuerza los afectos de su amor y reconocimiento.

Zimeo estaba enternecido y fuera de sí mismo, sus ojos humedecidos, su respiracion oprimida, y miraba alternativamente al Cielo, á nuestros esclavos, y á nosotros. = Oh Grande Orisa! Gran Dios de los Negros y de los Blancos! tú que has hecho las almas, vé á estos hombres agradecidos, mira á estos verdaderos hombres, y castiga los barbaros que nos desprecian y que nos tratan como nosotros no tratamos, ni á los animales que tu has criado para los Blancos, y para nosotros. Despues de esta ex-

clamación, Zimeo extendió la mano á Wilmut y á mí: yo amaré á dos blancos, si, dixo, yo amaré á dos blancos: mi suerte está entre vuestras manos; todas las riquezas que acabo de saquear serán empleadas en pagar un servicio que voy á pedir.

Nosotros le aseguramos, que estábamos dispuestos á hacerle, sin interes, quantos servicios dependiesen de nosotros: le convidamos á descansar, y le ofrecimos alimentos, porque yo habia enviado á decir á Francisco que enviara del almacén presentes y víveres á los Negros, que acompañaban á Zimeo. Este Gefe aceptó nues-

tras ofertas con cortesanía, solo que no quiso entrar en la casa, y se tendió sobre una estera á la sombra de los árboles, que formaban un gavinete de verdura inmediato á nuestra quinta. Nuestros Negros estaban á alguna distancia de nosotros, y miraban á Zimeo con admiracion y curiosidad.

Amigos míos, nos digo, el Grande Orisa sabe, que Zimeo no ha nacido cruel; pero los blancos me han separado de los ídolos de mi corazón, del sábio Matomba, que dirigía mi juventud, y de la bella jóven que yo destinaba para la compañera de mi vida. Amigos míos, los

ultrages y las miserias lexos de abatirme , han sublevado siempre mi corazon. Vuestros hombres blancos no tienen mas que media alma : ni saben amar , ni aborrecer , ni tienen mas pasion que por el oro : nosotros las tenemos todas , y todas son extremadas : las almas de la naturaleza de las nuestras no pueden apagarse en las desgracias , pero el aborrecimiento se convierte entre nosotros en rabia y furor. El Negro que ha nacido para amar , quando se vé forzado á aborrecer , se hace un tigre , un leopardo , y yo me he hecho tal. Yo me veía cabeza de un Pueblo , yo soy rico , y yo paso mis dias en

el dolor: yo gimo por aquellos que he perdido , los veo con los ojos del pensamiento , los hablo y lloro. Pero despues de haber derramado lágrimas, freqüentemente me siento con una necesidad de derramar la sangre , y de oír los gritos de los blancos degollados. Pues bien! Acabo de satisfacer esta horrible necesidad, y esta sangre, estos gritos exâsperan aun mi desesperacion..... Hombres de paz no aparteis vuestros corazones del infeliz Zimeo. Vosotros podeis hallarle un baxél : vosotros podeis conducirme á aquellos, que son necesarios á mi corazon, que no estan lexos de esta Isla.

En aquel momento dos de los esclavos mas jóvenes de Wilmut se prosternaron delante de Zimeo. Ah! exclamó él : vosotros sois de Benin , y me habeis conocido? Si , dixo el mas jóven , nosotros hemos nacido vasallos del poderoso (1) Damél tu Padre ; éste te ha visto en su Corte , y yo he visto tu juventud en la poblacion de Onebo: los pérfidos nos han robado á nuestros parientes; pero Wilmut es nuestro padre. Apenas el Negro habia pronunciado estas palabras, que salió con precipita-

1 Nombre que se dá á los Soberanos de una parte de la Africa.

cion ; Zimeo hizo señal de que se detuviese, y se reclinó sobre el otro negro que tenia junto á sí, y que él miraba con ternura. Ya parecia extender los ojos mas satisfechos sobre la campiña de la Jamaica, y respirar su ayre con placer, viendo que alentaba en compañía de muchos Negros de Benin, y despues de un momento de silencio, nos dixo: escuchad hombres de paz al infeliz Zimeo, que solo espera ya en vosotros, y merece vuestra piedad: escuchad sus crueles aventuras.

El gran Damél, de quien yo soy el heredero, me habia enviado, segun el uso antiguo de Benin, á los la-

bradores de Onebo , que debían acabar mi educacion, la qual fue principalmente confiada á Matomba , el mas sábio de todos ellos , y de todos los hombres : el habia sido mucho tiempo uno de nuestros mas ilustres Kabaskirs (1) que en el Consejo de mi Padre habia varias veces impedido el mal, y persuadido el bien, y se habia retirado, jóven todavia, á esta Villa, en donde se educan siglos ha los herederos del Imperio. Allí Matomba gozaba de la tierra, del cielo y de su conciencia : las querellas, la pereza, la mentira, los adivi-

1 Especie de Nobles.

nos , la dureza de corazon, no entran en la Villa de Onebo , y así los Principes no pueden ver en ella mas que buenos exemplos. El sábio Matomba me hacia perder allí los sentimientos de orgullo y de indolencia , que me habian inspirado mis ayas. Yo labraba la tierra como los domésticos de mi Maestro , y como él mismo ; me instruia en los por menores de la agricultura , que hace todas nuestras riquezas : se me demostraba la necesidad de ser justo impuesta á todos los hombres , para que puedan educar á sus hijos y cultivar sus campos en paz , y se me advertia igualmente

que los Príncipes estaban entre sí en la misma situación que los labradores de Onebo, y que necesitaban ser mutuamente justos unos con otros, para que sus pueblos y ellos mismos pudiesen vivir contentos.

· Mi Maestro tenía una hija, la jóven Elaroë: yo la amé: y bien pronto supe que era amado. Uno y otro conservamos la mas grande inocencia, asi yo solo veía á ella en la naturaleza, ella solo me veía á mí, y nosotros eramos felices. Sus Padres hacian un uso útil de nuestra pasion, porque yo hacia todo lo que me mandaba Matomba en la espe-

ranza de hacerme mas digno de Elaroë, y la esperanza de fixar mi corazon le hacía á ella todo facil : mis sucesos estaban en ella, y sus sucesos estaban en mí. Cinco años hacia, que yo gozaba de estas delicias, y que esperaba obtener de mi Padre el permiso de hacerla mi Esposa. Tú sabes que la primera de nuestras mugeres es nuestra esposa verdadera, y que las demas son solo sus domésticas y los objetos de nuestra diversion, yo me complacía en pensar que Elaroë sería mi compañera sobre el Trono y en todas las edades, y gustaba de extender mi pasion sobre todo el

espacio de mi vida.

Esperando la respuesta de Damél, llegaron á Onebo dos Comerciantes Portugueses, que nos vendian instrumentos de la labranza, utensilios domésticos, y algunas de estas vagatelas, que sirven al adorno de las mugeres, y de la gente jóven: nosotros les dabamos en cambio marfil y polvo de oro: ellos querian comprar esclavos, pero en Benin solo se venden los criminales, y no los hay en el canton de Onebo. Yo me instruía con ellos sobre las artes, y las costumbres de la Europa, y hallaba en vuestras artes muchas superfluidades, y muchas con-

tradiciones en vuestras costumbres. Vosotros sabeis la pasion que tienen los Negros por la música y el bayle, los Portugueses tenían muchos instrumentos que nosotros no conociamos, y todas las tardes nos tocaban ayres, que hallabamos deliciosos; la juventud de la villa se juntaba, y baylaban al rededor de ellos: yo baylaba tambien con Elaroë. Los Portugueses nos trahian algunos dias de sus baxéles vinos, licores, y frutas, que lisongeaban nuestro gusto, por cuyos medios cultivaban nuestra amistad, y nosotros los amabamos sinceramente. Un dia nos anunciaron, que se veian obligados á vol-



verse al instante á su país, nueva que afligió á toda la Villa, pero á nadie tanto como á Elaroë. Ellos nos participáron tambien llorando el dia de su partida, y nos dixéron, que se separarian de nosotros con ménos dolor, si nos hubieran podido dar una fiesta sobre sus baxéles, instándonos á que vi-niesemos á ellos la mañana siguiente con los jóvenes mas bien hechos, y las mas bellas muchachas de la Villa. Nosotros nos convenimos, y fuimos allá en efecto; conducidos por Matomba y por algunos viejos encargados de mantener la decencia.

Onebo está solo cinco millas de la mar, y nosotros es-

tubimos en la playa una hora despues de salir el Sol: vimos dos baxéles uno cerca del otro que estaban cubiertos de ramas de árboles, decorados con flores en las velas y los cables. Luego que nos vieron, hicieron escuchar sus cánticos, é instrumentos; este concierto, y esta pompa nos anunciaban una fiesta agradable. Los Portugueses salieron á recibirnos, dividieron nuestra gente, y subimos en número igual sobre los dos baxéles.

Se disparáron dos cañonazos: el concierto cesó; nosotros fuimos cargados de grillos, y los baxéles se hicieron á la vela.

Zimeo se detuvo en esta par-

te de su narracion, y volviendo á tomar la palabra: si Amigos míos, estos hombres á quien nosotros habiamos prodigado nuestras riquezas, y nuestra confianza, nos robaban para vendernos con los criminales, que habian comprado en Benin. Yo sentí á un mismo tiempo la desgracia de de Elaroë, la de Matomba, y la mía: llené á los Portugueses de injurias y de amenazas, yo mordía mi cadena, yo queria morir; pero una mirada de Elaroë me lo impidia: los monstruos á lo ménos no nos habian separado; pero Matomba estaba en el otro baxel.

Tres de nuestros jóvenes y una muchacha se dieron la

muerte: yo exôrtaba á Elaroë á imitarlos; pero el placer de amar y ser amada la unia á la vida. Los Portugueses la hicieron creer, que nos destinaban una suerte tan feliz como la que habiamos gozado , y ella esperó á lo ménos que nosotros quedariamos unidos, y que volveria á ver á su Padre. Despues de llorar por algunos dias la perdida de nuestra libertad, el placer de estar casi siempre juntos hizo cesar las lágrimas de Elaroë, y mitigó mi desesperacion.

En los pocos momentos que la presencia de nuestros verdugos no nos estorbaba, Elaroë me estrechaba en sus brazos, y me decia: Oh! Amigo mio,

apoyemonos fuertemente uno contra otro , y nosotros resistirémos á todo; contenta de tí, de que tengo yo que quejarme, Oh! ¿qué género de felicidad querrias tú comprar á costa de la que nosotros gozamos? Estas palabras me daban una fuerza extraordinaria, sin que me quedase otro temor, que el de ser separado de Elaroë.

Hacia mas de un mes que estabamos en el mar, porque los vientos eran escasos, y nuestro camino lento, hasta que al fin faltó el viento del todo. Algunos dias despues los Portugueses no nos daban mas víveres, que los necesarios, para no dexarnos

morir: dos Negros determinados á la muerte habian despreciado toda especie de alimento, y nos traspasaban en secreto el pan y los dátiles, que les daban, y que yo ocultaba cuidadosamente con la intencion de emplearlos en conservar los dias de Elaröë.

La calma continuaba, los mares sin olas, sin ondas, sin vientos presentaban una superficie inmensa é inmovil, en que nuestro baxél parecía como clavado: el ayre estaba tan tranquilo como las aguas, el sol y las estrellas en su marcha pacifica y rapida no interrumpian este profundo reposo que reynaba en el Cielo y sobre los mares. Noso-

tros echabamos sin cesar los ojos sobre este espacio uniforme y sin riberas, terminado por la bobeda del Cielo que parecia encerrarnos en un vasto sepulcro : unas veces tomabamos las ondulaciones de la luz por un movimiento de las aguas ; pero este error era de corta duracion : otras paseandonos sobre la quilla, tomabamos por viento la agitacion que nosotros mismos dabamos al ayre ; pero apenas suspendiamos nuestros pasos , quando nos volviamos á encontrar rodeados de calma universal.

Bien pronto nuestros robadores reservaron para sí los pocos víveres que restaban,

y ordenaron que una parte de los Negros sirviese de pasto á los demás: yo no puedo deciros, si esta ley tan digna de los hombres de vuestra raza, me causó mas horror, que el modo de que fué recibida; porque yo leía sobre todos los semblantes una alegría glotona, un terror sombrío, y una esperanza barbara, viendo estos infelices compañeros de una misma esclavitud, observarse con una atencion voráz, y ojos de tigres. Dos doncellas de la Villa de Onebo, á quien la hambre habia consumido mas que á los demas, fueron las primeras victimas de esta ley. Todavía oigo yo

los gritos de estas infelices, y veo todavía correr las lágrimas sobre los rostros de sus compañeras hambrientas, que las devoraban. Las escasas provisiones, que yo había ocultado á los ojos de nuestros robadores, habían sostenido las fuerzas de Elaroë y las mias, y aun nos restaban algunos dátiles; por otra parte estábamos seguros de no ser asesinados, y arrojábamos al mar, sin que se notase, las horribles porciones que nos repartían.

La mañana del día horrendo en que nuestros compañeros comenzáron á devorarse, en el momento en que el disco del Sol estaba aun en

la mitad del Cielo y del mar, tubimos un poco de esperanza en una bruma ligera que se levantó, y debia formar nubes y darnos viento ; pero la niebla se disipó, y el cielo conservó su funesta y tranquila serenidad. La esperanza habia animado al instante á los Negros y á los Blancos, y el baxél estuvo por un momento en el tumulto de una alegría desordenada; pero quando la bruma volvió á caer , sucedió á la alegría la mas negra desesperacion: nuestros mismos robadores habian desfallecido, sin quedarles la fuerza necesaria para el gobierno : desde entonces nos observaban ménos,

nos estorbaban poco, y por la noche al tiempo del retiro me dexáron en el alcazar con Elaroë. Nosotros quedamos allí, y luego que ella me divisó, me estrechó en sus brazos: yo la estreché en los míos: sus ojos jamás habian tenido una expresion tan viva y tan tierna. Yo no habia aun sentido junto á ella el ardor, la turbacion, las palpitaciones que sentia en este momento, y asi abrazados, permanecimos largo tiempo sin hablarnos. Oh! tú á quien yo habia elegido para ser mi compañera sobre el Trono, tú serás á lo ménos mi compañera hasta la muerte. Ah Zimeo! me respondió ella, el

grande Orisa nos conservará la vida, y yo seré tu esposa. Elaroë, la dixe yo, si estos monstruos no nos hubieran robado, el Damél te hubiera elegido por mi esposa, como tu Padre me habia elegido á mí para esposo tuyo. Es verdad respondió ella, pero ¿ dependerémos nosotros aun de las leyes del Damél, y esperarémos sus órdenes sin poderlas recibir? No, mi querida Elaroë, lexos de nuestros Padres, arrancados de nuestra patria, solo nos resta obedecer á nuestros corazones. Oh Zimeo! exclama ella, cubriendo mi rostro con sus lágrimas. Elaroë, la dixe yo, ¡tú

lloras en este momento! tú no amas bastante! Ah! dice Elaroë, mira á la claridad de la Luna: este mar inmovil, repara en las velas del baxél, y vé como están sin movimiento: mira sobre este alcazar los rastros de la sangre de mis dos Amigas: vés los pocos dátiles que nos faltan? Pues bien Zimeo! sé mi esposo, y yo estoy contenta. Diciéndome estas palabras, redobló sus caricias: nosotros juramos en presencia del Grande Orisa permanecer unidos qualquiera que fuese nuestro destino, y nos abandonamos á mil placeres, de que no teniamos experiencia hasta entonces, y que

nos hicieron olvidar la esclavitud, la muerte presente, la perdida de un Imperio, la experanza de la venganza, todo; nosotros no sentimos mas que las delicias del amor.

Pero despues de salir de aquella embriaguez, y que nos volvimos á hallar sin ilusiones sobre nuestro estado, volvimos á ver la verdad á medida que nuestros sentidos se hacian mas tranquilos: mi alma estaba abrumada, y abatidos ámbos el uno al lado del otro, la calma en que habiamos caido era triste y profunda, como la de la naturaleza.

Yo salí de aquel entorpecimiento por un grito de

Elaroë: la miré, sus ojos centelleaban de alegría, mostrándome las velas y las cuerdas que eran agitadas, y nosotros sentímos el movimiento de los mares; de hecho se levantó un viento fresco que llevó á los dos baxéles en tres días á Porto-bello.

Yo volví á ver á Matomba, que me bañó con sus lágrimas, y él volvió á ver á su hija, y aprobó nuestro matrimonio: lo creereis, amigos míos? El gusto de reunirme á Matomba, el placer de ser el esposo de Elaroë, los encantos de su amor, y la alegría de verla libre de tan crueles peligros suspendieron en mí el sentimiento

de todos los males, y estaba cerca de amar mi esclavitud: Elaroë era feliz, y su Padre parecía consolarse. Sí, yo hubiera perdonado acaso á los monstruos, que nos habían robado; pero Elaroë y su Padre fueron vendidos á un habitante de Porto-bello, y yo lo fui á un hombre de vuestra nacion, que llevaba esclavos á las Antillas.

He aquí el momento que me ha mudado, y que me ha dado esta pasion por la venganza, esta sed de sangre que me hace temblar á mi mismo, quando vuelvo á pensar en Elaroë, cuya sola imagen recrea aun mi pensamiento.

Luego que se decidió nuestra suerte, mi Esposa y su Padre se echaron á los pies de los monstruos que nos separaban. Yo mismo me precipité á ellos tambien; vergüenza inútil! ni aun se dignaron escucharnos. En el momento que quisieron llevarme, mi Esposa, con los ojos extraviados, los brazos extendidos, y lanzando gritos horribles,... todavia los oigo, mi Esposa se arrojó á mí; yo me desasí de mis verdugos, y recibí á Elaroë en mis brazos, que la rodearon; ella me rodeó con los suyos, y sin hablarnos, por un movimiento maquinal cada uno de nosotros enlazando sus

dedos, y apretando sus manos formaba una cadena al derredor del Totro. Muchas manos crueles hicieron vanos esfuerzos para desprendernos; yo sentí que estos esfuerzos no serian largo tiempo inútiles; me determiné á quitarme la vida, pero ¿como dexar en este mundo á mi querida Elaroë? yo iba á perderla, yo temia todo, yo no esperaba nada, todos mis pensamientos eran barbaros: las lágrimas inundaban mi rostro, y solo salian de mi boca alaridos sentidos semejantes al rugido de un leon fatigado del combate; desenlazándose mis manos del cuerpo de Elaroë, yo las

llevé á su cuello.... Oh Grande Orisa! Los Blancos arrancaron á mi Esposa de mis manos furiosas; ella dió un grito de dolor en el momento en que fuimos desunidos; yo la ví llevar sus manos al cuello para acabar mi designio funesto; la detuviéron; ella me miraba; sus ojos, todo su semblante, su actitud, los sones inarticulados que salian de su boca, explicaban su dolor y su amor.

A mi me conduxéron al baxél de vuestra nacion, me agarrotaron en él, y colocaron de modo que no pude quitarme la vida; pero no me pudiéron forzar á tomar alimento. Mis nuevos verdu-

gos empleáron primero la amenazas, y despues me hicieron sufrir tormentos que solo los Blancos pueden inventar. Yo resistí á todo.

Un Negro natural de Benin esclavo dos años habia de estos mis nuevos señores tuvo piedad de mí, y me dixo; que nosotros íbamos á la Jamaica, que en esta Isla se podia facilmente recobrar la libertad: me habló de los Negros Marones, y de la República que ellos habian formado dentro de la Isla: me dixo que estos Negros equipaban algunas veces navios Ingleses para hacer correrias en las Islas Españolas, y me persuadió, que se podia li-

bertar á Elaroë , y á su Padre. Este hombre despertó en mi corazon las ideas de la venganza , y las esperanzas del amor : consentí en vivir, vosotros veis porque. Yo me he vengado ya , pero me es necesario volver á hallar los idólos de mi corazon; es preciso , ó yo renuncio á vivir. Amigos míos, tomad, tomad todas mis riquezas, equipad un navio...

Zimeo fué interrumpido por la llegada de Francisco que se adelantaba sostenido en el jóven negro , que habia reconocido primero á su Príncipe. Luego que Zimeo los percibió exclama, ¡Oh Padre mio! ¡Oh Ma-

tomba! y se arrojó á él, pronunciando apenas el nombre de Elaroë. Ella vive y te llora y está aquí, dixo Matomba. Vé aquí, mostrándome á mí, aquel que nos ha salvado. Zimeo abrazaba alternativamente á Matomba, á Wilmut, y á mí, repitiendo con celeridad, y una suerte de delirio: llevadme..... llevadme... Nosotros ibamos á tomar el camino del Fuertecillo, en que nuestras mugeres estaban encerradas, quando vimos á Marien, ó por mejor decir á Elaroë baxar, y volar hácia nosotros. El mismo Negro que habia encontrado á Matomba, habia ido á buscarla. Ella llegaba

convulsiva , el rostro bañado de lágrimas , elevando las manos , y los ojos al Cielo, y repitiendo en una voz sofocada , Zimeo , Zimeo! Habia puesto su hijo en las manos de un Negro de Benin, y despues de haber abrazado á su Esposo , le presenta el Niño. Zimeo, vé aquí á tu hijo , por quien Matomba y yo hemos soportado la vida. Zimeo cogió el Niño , le besaba con transporte , y exclamaba : no será él esclavo de los Blancos el hijo que Elaroë me ha dado. Sin él, sin él, decia Elaroë , yo hubiera salido ya de este mundo , en donde no hallaba al que buscaba mi corazon. Los discurs-

sos mas tiernos eran seguidos de las mas dulces caricias, que suspendían solo para acariciar á su hijo, que uno á otro se presentaban mutuamente. Poco despues se ocupáron de nosotros, y de su reconocimiento: yo jamás he visto á ningun hombre, aunque sea negro, expresar tan vivamente, y tan bien este sentimiento amable.

Zimeo tuvo aviso que las tropas Inglesas se ponian en marcha, é hizo su retirada en buen órden: Elaroë, y Matomba prorrumpian en lágrimas al dexarnos, querian llevar toda su vida el nombre de nuestros esclavos, y nos instaban á seguir

los á la montaña: nosotros les prometimos irlos á ver luego que se efectuase la paz entre los Negros Marones, y nuestra Colonia. Yo les he cumplido mi palabra, y aun me propongo ir á gozar mas veces de las virtudes, del gran sentido, y de la amistad de Zimeo, de Matomba, y de Elaroë.

No será fuera de proposito añadir al cuento de Zimeo algunas reflexiones sobre los Negros y las demás clases de hombres diferentes. Mi morada en las Antillas, y mis viajes al Africa

me han confirmado en la opinion que tenia mucho tiempo ha, de que los Europeos hacen poca justicia á las personas que tratan mal. Los Negociantes que comercian en Negros, y los Colonos que los tienen en esclavitud son los que nos hablan de los Negros, y pocas veces nos hablan con verdad.

La primera de nuestras sinrazones es dar á los Africanos un caracter general; pero si todos ellos tienen el mismo color y mucha sensibilidad, es quanto tienen de comun, porque hasta las narices chatas y los labios gruesos no se pue-

de decir que sean los atributos de los negros como ni de los blancos. Entre los Lapones, los Tartaros, los Esquimales, los Mogoles y los Chinos hay gentes que tienen estas dos deformidades; y hay naciones enteras entre los Africanos que tienen en la talla y el semblante las mas bellas proporciones. Tampoco es verdad que los Negros en general sean perezosos, embusteros, disimulados, bribones, ni traidores.

El vasto continente de la Africa esta cubierto de una multitud de pueblos en donde los gobiernos, las producciones y otras causas que varian en aquellas inmensas

comarcas han variado necesariamente tambien los caracteres. En este gobierno se encuentran ciudadanos que tienen franqueza, justicia y valor y allá se ven Negros independientes que viven sin leyes y sin autoridad, tan feroces y tan salvajes como los Iroqueses. Entrando en el interior de las tierras y aun recorriendo solo las costas, se hallan grandes Imperios, Soberanos absolutos, el gobierno feudal, Monarcas arreglados y justos, &c. en todas partes se ven leyes, opiniones, y puntos de honor diferentes, por consiguiente se encuentran Negros humanos, Pueblos barbaros, Pue-

bles guerreros , Pueblos pusilanimes , buenas costumbres , costumbres detestables , el hombre de la naturaleza , el hombre pervertido , el hombre mejorado , y en ninguna parte el hombre perfeccionado.

Nosotros tratamos á los Negros de imbecíles , y sin duda los hay tales ; aunque son pueblos aislados que su situacion ó su falsa Religion separan absolutamente del resto de los hombres ; pero los pueblos de Benin , de Congo , de Monomotapa &c. tienen espíritu y aun artes. Todo esto á la verdad muy imperfecto , porque sus poëtas no son Horacios ni Gar-

cilosas, ni sus pintores Mens
ó Rafaeles , ni sus artistas
Ingleses ó Alemanes.

Pero considerando que es-
tos pueblos no poseen el ar-
te de escribir sino muy im-
perfectamente , y sabiendo
que no tienen los modelos
de los antiguos , aunque sea
cierto que esten ménos ade-
lantados que nosotros, no por
eso se dirá que tienen ménos
talento. Ellos no tienen la
bruxula ni la imprenta , he
aquí las dos artes que nos han
dado la ventaja sobre casi
todos los pueblos del globo,
y nosotros las debemos á la
casualidad. La bruxula faci-
litando los viajes nos hace
participantes de las luces de

todos los pueblos , y la imprenta nos ha hecho conocer el espíritu de todas las edades: ella es la que nos ha hecho volver á hallar las huellas perdidas de los Griegos y de los Romanos , sin que hayamos igualado á los unos ni á los otros entodavía.

Sí, las circunstancias y no la naturaleza de la especie, son las que han dado la superioridad á los Blancos sobre los Negros. La Africa está separada del Asia y aun del Egipto por desiertos inmensos; los pueblos, que la habitan, sin comunicacion con los pueblos antiguamente cultos, no han tenido mas que sus luces , y muy poco tiempo

para perfeccionarse ; mientras que los Egipcios han formado á los Griegos y acaso á los Etruscos , que éstos y los Griegos formáron á los Romanos , y que todos juntos han ilustrado el resto de la Europa.

Es digno tambien de observar que los Negros habitan un país en que la naturaleza es prodiga , y que necesitan poca industria para satisfacer sus necesidades: por otra parte no es menester mucho talento ni invencion para librarse de los inconvenientes del calor , y se necesita mucha industria para guardarse de los rigores del frio. Por consiguiente se exer-

cita ménos el talento baxo del equador que mas acá del tropico, y la razon debe hacer progresos ménos rápidos en los pueblos de medio dia, que los que ha hecho entre los pueblos del norte.

Y á pesar de las ventajas de las circunstancias ¿qué eramos nosotros algunos siglos há? La Europa, si se exceptua á Venecia y Florencia, acaso no valia mas que Congo y Benin. Yo hé viajado y sé la historia. Sí; los grandes pueblos entre los Negros son poco mas ó menos lo que nosotros eramos desde el Siglo ix. hasta el xiv. las mismas opiniones absurdas, las pruebas del agua y

del fuego, los sortilegios, los derechos feudales, las atrocidades, las artes groseras reynan hoy entre los Africanos, como algun tiempo afligiéron á la Europa.

No es fácil de descubrir la causa de la notable diferencia de su color, como ni el de las demás diferencias físicas que hay entre los hombres, que pueblan las quatro partes conocidas del mundo. Los Blancos, los Negros, los Albinos, los Hotentores, los Laponés, los Chinos, y los Americanos tienen diferencias muy notables.

Todo viajero instruido que haya pasado por Leyden habrá visto la parte de he-

xiculum mucosum de un Negro disecado por el celebre Ruisch: toda esta membrana es negra, y ella es la que comunica á los Negros aquella negrura inherente que no pierden jamas, ni aun en las enfermedades, que pueden desgarrarla, y permitir al sebo escapado de sus celdillas manifestar sobre la piel algunas manchas blancas. Sus ojos redondos, su nariz chata, sus labios gruesos, la forma estraña de sus orejas, la lana de su cabeza son unas diferencias muy singulares, y que convienen á muchos de ellos, y en prueba de que no deben esta diferencia á su clima, estamos viendo que

los Negros y Negras que se trasportan á las tierras mas frias producen siempre hijos semejantes á ellos, siendo indubitable que los Mulatos son una raza bastarda de un Negro y una Blanca, ó de un Blanco y una Negra.

Los Albinos que habitan en medio del Africa son á la verdad una nacion muy pequeña, y es tan grande su debilidad, que no les dexa apartarse de las cabernas en que viven; pero los Negros suelen coger algunos que la curiosidad de los Europeos los suele pagar bien. Yo he visto dos en Europa por el dinero y mil los habran visto tambien. Decir que son Ne-

gros enanos que ha emblanquecido su piel una especie de lepra, es lo mismo que si dixéramos que los mismos Negros son blancos, á quienes ha enegrecido una lepra. Tanta diferencia hay entre un Negro y un Albino, como entre éste y un Español ó un Ingles; porque su blancura no es como la nuestra, no encontrándose en ella ninguna mezcla de encarnado ni de moreno, y todo su color es parecido al de un lienzo muy blanco, ó mas bien al de la mas blanca cera: sus cabellos y cejas no se diferencian de la mas bella y mas fina seda: sus ojos se asemejan mas á los de las perdices

que á los de los demas hombres : su talla es tan pequeña como la del Lapon , y su cabeza muy diferente de todas las demás cabezas humanas.

El delantal de piel blanda y floxa , que cae á los Cafres de el ombligo hasta la mitad de los muslos ; los pechos negros de las mugeres Samogedas ; el rostro poblado de barba de los hombres de nuestro continente , y el rostro imberbe de los Americanos son unas diferencias tan reales , y tan notables que no pueden dexar de excitar la curiosidad del hombre que piensa.

Pero confesemos nuestra ignorancia , y no intentemos penetrar los secre-

tos inescrutables de la Providencia. Hemos averiguado lo que mas puede importarnos, y es que todas estas clases diferentes son hombres, que si tienen ménos luces, las circunstancias les han puesto en este estado. Llévemosles, pues, nuestros descubrimientos y nuestras luces, acaso en algunos siglos ellos las aumentarán y el género humano ganará en ello. ¿No veremos nosotros nunca maestros de la razon y de las artes? ¿Nos conducirá siempre á sus playas un espíritu mercantil y barbaro, que se opone á la Religion y á la sabiduria?

CUENTOS ORIENTALES.

Prefacio de Saadi.

Loor á Dios omnipotente, padre de todos los seres, fuente del ser, creador y motor del Cielo y de las esferas, Gefe económico y sábio de la naturaleza, que hizo cesar el desorden de los elementos, y que de su combate hizo nacer el órden y el mundo. Gran Dios! tú calmas las tempestades que se levantan en los mares y en los corazones de los seres inteligentes, tú haces nacer la felicidad del choque de las pasiones opuestas. Cada uno de los globos celestes contribuye á iluminar los giobos celestes; los vien-

tos llevan las nubes y equilibran los mares: los imperios son útiles á los Imperios, el hombre á los animales, y los animales al hombre. Tú ordenas al zéfiro que extienda las alfombras de esmeraldas sobre los campos de los Osmalins y de los discípulos de Halí: Tú has revestido sus plantas y sus árboles de verdura: Tu preparas sobre la tierra un festin magnífico al qual convidas á los adoradores del fuego, á los ídolatrás y á los fieles. ¿Qué hombre se atreverá á oponerse á la felicidad de los hombres? quando todos los seres son útiles unos á otros, ¿qué hombre podrá quedarse inútil á su patria y al mundo?

Yo hacia estas reflexiones en la pacífica obscuridad de una noche profunda recordándome el espectáculo de mi vida pasada. Ví con horror que habia consumido el tiempo sin emplearle, derramaba lágrimas, mi corazon endurecido se enternecia, y se escapáron de mi seno estas palabras conformes á mi situacion.

A cada momento se apaga para siempre una porcion del espiritu de vida, y el que me resta ya es bien poco. Tú duermes? tú que has visto pasar ya cinquenta años de tu duracion? ¡Oh! si tuvieras bastante luz y sabiduría para hacer un buen uso de los

pocos dias que te estan destinados! El que parte sin haber acabado la obra que la naturaleza le ha impuesto, sale avergonzado. La trompeta ha sonado, y el no preparaba su equipage. Un agradable sueño detenia á este viajero mucho tiempo despues de la aurora. Nace un hombre, comienza un edificio, y muere: nace otro hombre, comienza otro edificio, y muere. Las generaciones se suceden, todo se principia, y nada se acaba. Feliz el que ha vivido dias útiles sobre la tierra! su recompensa le espera en la otra vida. Aunque envíeis al camino lo que es necesario para el viaje,

nadie podrá entregaroslo, hacédlo caminar delante de vosotros, mostraos hombres y partid.

El Sol salia y el sueño no habia cerrado mis parpados, un amigo con quien yo habia hecho otras veces el viaje de la Meca, y con quien me habia entregado á las delicias de la vida, vino á buscarme: no me pudo apartar de mis reflexiones, me hizo muchas preguntas á que yo no respondí, él se ofendió y me dixo;

Hay expiaciones para los sacrilegos; pero no se expian las ofensas hechas á la amistad. Qué es la lengua en la boca del hombre virtuoso? es

la llave que abre un tesoro.
Yo abracé á mi amigo, le
hablé, y salimos para alegrar-
nos con el espectáculo de
la naturaleza. La Primavera
acababa de venir, la tierra
estaba adornada como una
muger hermosa un dia de
fiesta, el ruysenor cantaba
en las ramas de los altos ár-
boles, las gotas del rocío
brillaban como diamantes
sobre la purpura de las rosas,
ó como lágrimas en las me-
xillas de una honesta donce-
lla que ha recibido una afren-
ta ligera. Mi amigo me llevó
á uno de sus jardines, que
encerraba muy alegres pra-
dos, y plantas y árboles car-
gados de frutos y flores; en

aquellos boscajes el alma se hacia mas sensible, y caía en un dulce transporte; en otras partes se veían salir las flores de la yerba como piedras preciosas esparcidas sobre un tapid verde: un arroyo corría por el jardin, cuya agua era tan agradable como el nectar: el vergél estaba lleno de pajarillos cuyo gorgéo era tocante como una música de dulces y tiernos versos. Quando dexamos estos lugares deliciosos, mi amigo que me vió llenar el seno de todas suertes de flores, me dixo:

No sabes qué la vida de estas flores pasa en un dia? para qué hacer provision de tesoros tan poco durables?

cojamos de estos frutos que serán un alimento sano para la mesa donde convidas á tus amigos.

Yo me privé desde este momento de los placeres que habian embriagado mi juventud en el recinto de Esquivas.

Me paseaba en el jardin de los sábios, discurría con ellos de las miras de la naturaleza, de los deberes de todos los hombres, de sus intereses comunes, de sus pasiones, de las leyes, de los errores funestos, de los peligros de la ignorancia, de la felicidad, de las edades de la vida, del placer que nunca se gasta, y de las bellezas de la

virtud : sus conversaciones han iluminado mi alma con la luz de la verdad.

Eres tú ambar? preguntaba yo á aun pedazo de tierra, que habia juntado en un tiesto, porque me encantaba por su perfume: él me respondió, yo no soy mas que una tierra vil, pero he habitado algun tiempo con la rosa.

Yo habia observado antes de pensar, y he pensado antes de escribir: mis amigos me han estrechado algunas veces á publicar mis reflexiones: los sábios de la India reprehendian un dia al gran Busurcumbur porque hacía esperar demasiado sus pala-

bras , pero él les respondió: el tiempo, que yo empleo en meditar lo que tengo que decir, está tomado del tiempo en que me arrepentiria de haber hablado.

En fin yo doy esta obra á la qual quiero consagrar todavía una parte preciosa de mi vida, para que mi memoria sea honrada, y para no morir sin haber sido útil á los hombres y á los progresos de la virtud.

EL SUEÑO,

Yo me retiraba un dia á mi casa con la imaginacion llena de observaciones tristes, y despues de haber hecho

la sátira de todos los estados, de todas las condiciones, y de mi mismo, caí en un sueño profundo, y tuve un ensueño. Créime trasportado á una soledad, y lejos de los defectos que me habian irritado, me paseaba con una alegría tranquila en el bosque que defiende mi cabaña de los vientos de Arabia, ocultándome baxó sus sombras de las locuras de los hombres.

El Sol se elevaba sobre el horizonte, sus rayos doraban la verdura interpuesta entre él y entre mí, y transparentaban el emparrado. Escuchaba los cánticos de una multitud de paxarillos, cuyos acentos oía con atencion,

y observaba su diversidad, así como la de sus formas, sus vuelos, y sus plumages. El ruysenior, la mirla, el cuervo, el xilgero, el grajo, la alondra, la águila, la tortolilla, cantaban, silbaban, graznaban, gritaban, arrullaban, saltaban, volteaban, volaban, ó se cernían.

El Cielo me dió de repente la inteligencia de sus diferentes lenguages: oí que la aguililla se burlaba de la vista del buho; la tortolilla hablaba malísimamente de las costumbres del gavilán, el qual despreciaba su debilidad; la mirla se mofaba de el grito del águila: el grajo y la urraca murmuraban y re-

prendian al cuervo su triste figura, y decian del pardál que tenia el ayre ordinario.

Ví baxar del Cielo una figura muy extraordinaria, y era un jóven cuyo cuerpo tenia el color de la nieve, nevada de hojas de rosas, de grandes alas azules, cuyos extremos eran dorados, sus cabellos eran negros como el ébano, sus ojos del color de sus cabellos, y tan penetrantes que el hipócrita no hubiera podido sostener sus miradas: se asentó sobre un plátano que descollaba sobre los cedros del bosque, y llamó por sus nombres á las diferentes especies de aves que yo ví humillarse al rededor

de él sobre las ramas de los cedros , él las impúso silencio y las dixo:

Escuchad lo que tengo que revelaros de parte del Gran Ser : todas vosotras sois de una naturaleza , pero sois diferentes en qualidades porque estais destinadas á funciones diferentes. La águila ha nacido para la guerra, y su grito , expresion de la fuerza , no puede tener armonía : el buho no hubiera sorprendido en las tinieblas á los insectos y reptiles de que debia limpiar la tierra, si sus ojos hubieran podido sostener el resplandor del Sol: para dar al ruyseñor y al xilguero su voz dulce y ligera

ha sido menester darle órganos delicados: la tortolilla nacida para el amor se mantiene bajo de las sombras donde nada puede interrumpir el placer de amar; cómo podían aumentar este placer el pico y las garras del gavilán? quedaos lo que sois sin resentimiento y sin orgullo, ceded de diferente modo á los impulsos de la naturaleza, y observad en vosotras especies diferentes; pero no defectos.

Yo ví á estas palabras dispersarse las aves en el bosque, y elevarse el Genio á los cielos, echándome á mí una mirada llena de expresion. Yo desperté y me dixé: me su-

cederá todavía exígir en el Cadí la dulzura del Cortesano, en el Imán la franqueza del soldado, en el mercader el desinterés del sábio, en el sábio la actividad del ambicioso? yo soy á quien tu has venido á instruir, celestial Genio! tus lecciones estarán siempre grabadas en mi corazón, y mis labios las repetirán á los hombres.

O hermanos míos: todos nosotros partimos juntos para viajar, los unos al norte, y los otros al medio dia, sin que nos sean menester los mismos vestidos, ni las mismas provisiones. Nosotros vivimos en una familia, cuyo autor nos ha dado bienes de diferente naturaleza.

LA ESPERANZA.

*He aquí lo que me dixo Ais-
her en los dias de su vejez.*

El Cielo ha bendecido el curso de mis años: si mi país se ha hecho la presa de los hijos de Omar, y yo he cesado de tener una patria, retirado en la Persia he procurado ser útil á los hombres, inspirándoles las verdades y los sentimientos que coducen siempre á la felicidad. El Rey de los Reyes me ha colmado de sus gracias, y mi esposa y mis hijos han gozado de mis riquezas y de mi corazon. El tiempo que ha encorbado mis riñones y

surcado mi semblante , no me quitó jamás la dulce memoria de mi vida pasada; pero me ocultaba la venidera : sentí que perdía la esperanza.

La pérdida de la esperanza es el tormento de la vejez.

La Primavera restituía á los contornos de Schiras los perfumes, la armonía, y los colores: yo fuí á la campiña, y las deliciosas sensaciones que me daban todas las bellezas y todas las variaciones de la naturaleza rejuvenecían mi corazón. Me paseaba freqüentemente hácia una quinta situada al borde de un lago coronado

de bosques y collados, cuyo país me encantó, y compré la quinta.

No tardé mucho en ocuparme de las producciones de estos campos, y de los jardines que habian recreado mi vista. Allí hice plantar árboles, que en poco tiempo debian darme frutos sabrosos: aquí hice sembrar granos, que me rendirian ciento por uno de los que confiaba á la tierra para semilla: al pie de este collado ví florecer una viña que me prometia vinos dignos de la boca del Rey de los Reyes: y en el terreno mas cerca de mi casa crecian legumbres para la mesa, que

eran sucedidas de otras legumbres.

El Dios del Cielo no añadía un día á la cadena de mis días, ni remplazaba una estación por otra estación, sin hacerme gozar de algunos bienes, y sin prometerme otros nuevos. Yo volví á hallar la esperanza: yo encontré esta fuente de los pensamientos, esta alma de la vida, este embeleso de todas las edades. A los pies de mis árboles, en mis alamedas la encuentro aun todos los días: estos frutos que cojo me dicen que no me ha engañado, y estas flores, que me presenta, que no me engañará tampoco en adelante.

O Juventud, vivid, en el seno de las Ciudades opulentas, que son la morada de la instruccion y los placeres: gozad en ellas de las delicias de vuestra edad; pero instruidos con los hombres en el arte de ser útiles un dia.

Vosotros que llegais á la edad madura, aumentad los Exércitos, habitad los Fuertes y las Cortes, ocupad los Tribunales, volad sobre los mares, servid y defended la Patria que os hace gozar de sus bienes.

Y vosotros que con paso tardo llegais ya al fin de vuestra carrera, ó Ancianos, habitad en el campo. Allí en un reposo interrumpido por

dulces ocupaciones , gozaris de lo pasado , sentireis el agrado de la vida presente , y las ilusiones de la esperanza os recrearán hasta el mismo dia en que el tiempo os abra las puertas del sepulcro.

LA AVARICIA DE LAS
diferentes edades.

Yo encontré un dia en la alameda de los Plátanos que baña el Eufrates cerca de Bagda á un jóven que habia conocido en la vecindad de Alep, absorvido en una tristeza tan profunda , que necesité de un grande esfuerzo para sacarle de ella. Oh ! por

qué , por qué asegurarme
la amistad si no la tenían ! así
exclamó echando á todas par-
tes miradas tristes y feroces,
que apercibiéndome , lleno
de cólera é indignacion se
levantó á mi , y me dixo:
No visteis vos al viejo Be-
nassar , hermano de mi ma-
dre , asegurarme qué yo po-
dria obtener un empleo , que
sus amigos le ofrecian conse-
guir para él ? ¿ y no visteis
tambien al jóven Ovidio ofre-
cerme dinero para hacer mi
viaje á la Corte ? Pues bien,
llegando aquí yo he visto que
si jóven Ovidio solicita para
él este mismo empleo que yo
venia á pretender , y acaso lo
conseguiría si pudiera estar-

me mas tiempo en Bagdá; pero ya no tengo dinero, y el viejo Benassar no me lo quiere dar. Oh! por qué, por qué me han mostrado la amistad que no tenian! por qué ambos me han engañado?

Ni uno ni otro te han engañado, le respondí yo; pero su promesa era menor que lo que tu creias. Ovidio es jóven, y te habia ofrecido solo su dinero; Benassar es viejo, y solo te sacrificaba sus esperanzas; pero ah! en la edad de Ovidio la avaricia tiene por objeto las esperanzas, y en la de Benassar lo es el dinero: el viejo es rico con lo que ya tiene, y el jóven con lo que espera tener

EL ERROR.

Un ciego tenía una muger, á quien amaba excesivamente, sin embargo de que le habian dicho que era muy fea. Un Médico le ofreció darle vista; pero él no lo consintió. Yo perderia, respondió, el amor que tengo á mi muger, y este amor hace mi felicidad.

Las tropas de Cosroës fueron vencidas en un dia que hubo eclipse de sol: los Persas, que adoraban al fuego, pensáron que este fenómeno anunciaba grandes desgracias al Imperio, y esta idea les quitó todo el valor. La ignorancia y el error pue-

den hacer la felicidad de un hombre solo, pero causan necesariamente la destruccion de las Naciones.

EL CRIMEN.

Ol Tres habitantes de Balk caminando juntos, encontraron un tesoro : le partiéron entre los tres, y continuáron su camino hablando del uso que habian de hacer de sus riquezas. Los víveres que habian sacado para el camino se les acabaron, y habiendo convenido en que uno de ellos fuese á la Ciudad á buscarlos, el mas pequeño se encargó de esta comision. Habiendo partido razonaba

en el camino consigo mismo de este modo: Yo soy rico con la parte de tesoro que me ha tocado; pero lo sería mucho mas si hubiera estado solo quando lo encontramos.... Estos dos hombres me han quitado mis riquezas... ¿No podria yo volver á adquirirlas?..... Me seria muy facil. No tendria que hacer otra cosa que emponzoñar los víveres que voy á comprar; diré que he comido en la Ciudad, mis compañeros comerán sin desconfianza, y morirán. Ahora no tengo mas que la tercera parte, y entónces lo tendré todo.

Entre tanto los otros dos discurrían asi: que mal he-

mos hecho en admitir por compañero de nuestro viage á este jóven! nos hemos visto en la necesidad de partir el tesoro con él: su parte podría aumentar la nuestra, y entónces seríamos verdaderamente ricos.... Pero á bien que él vá á volver, y nosotros tenemos buenos puñales.....

Con efecto el jóven volvió de la Ciudad con los víveres : sus compañeros le asesinaron; comieron despues, muriéron envenenados , y ninguno de los tres gozó el tesoro.

AARON RASKILD.

El hijo de Aaron Raskild fue á quejarse , y á pedir venganza de un hombre que habia caluniado á su madre. Hijo mio , le dixo Aaron Raskild , tu vas á hacer con esa accion mas injuria á tu madre , que el caluniador, porque vas á hacer ver que no te ha enseñado á perdonar.

LA INDULGENCIA.

Un jóven se emborrachó un dia : y un Molack le reprendió publicamente su defecto con alguna aspereza. Mas valia , respondió el jóven , avisarme en secreto de

mi falta, callarla á lo ménos, ó no hacer caso de ella. O vosotros que aspirais á la perfeccion! aprended primero á ser indulgentes, y despues á ocultar que lo sois.

EL PLATANO.

El sábio Zirvan, despues de haber merecido la confianza del gran Dachelin, Rey de los Indios, y la estimacion del pueblo, fué perseguido por el Visir Sobrac. Zirvan se vió despojado de todos sus haberes, de todos sus empleos, y su esposa, su carmitad murio de dolor; solo un hijo virtuoso le habia quedado que pudiera consolarle,

pero estaba tambien preso.

Zirvan , arrasados los ojos de lágrimas, iba todos los dias al jardin del gran Dachelin Rey de los Indios, y en el se detenia al pie de un plátano, al qual contaba su inocencia y sus desgracias.

Un jóven cortesano le vió un dia, y le oyó sus quejas: ¡Qué! le preguntó, te quejas á este plátano? ¿acaso le crees sensible? Tanto como á los hombres , respondió Zirvan, y el cortesano calló.

LA INOCENCIA.

El jóven Hirman perseguido injustamente por el ti-

rano de Edessa, y condenado por Jueces bárbaros á los tormentos mas crueles, los sufría sin que se le escapase un solo gemido. Su rostro se encendia, y consecutivamente se ponía pálido, sin perder nada de su serenidad; sus ojos se apagaban poco á poco, sin haber manifestado cólera, y sin verter lágrimas: un momento antes de expirar volvió su vista tranquila á los Jueces, la levantó hácia el Cielo, y exclamó: Gran Dios! yo te doy las gracias, siento dolores, pero no remordimientos.

LA ORACION.

Un Molack en medio de una Mezqutia besaba frecuentemente la tierra, y gritaba de quando en quando en alta voz: Gran Dios! ¿no te acordarás de tu siervo, que jamás te ha olvidado?

Un Labrador oculto en un rincon del templo decia en voz baxa: Gran Dios: perdóname mis faltas, y para recompensar el poco bien que he hecho á mis hermanos, dame todavia fuerzas para poderlo hacer.

EL HOMBRE VERIDICO.

Un Rey habia condenado á muerte á uno de sus esclavos : éste , perdidas todas sus esperanzas , nada intentaba ya para conseguir su perdon , y desahogaba su cólera profiriendo las mas atroces injurias contra la persona del Rey. ¿Qué dice , preguntó el Príncipe á su favorito? Señor , le respondió éste , dice , que las recompensas de la otra vida están reservadas para los Príncipes que perdonan , y por tanto implora vuestra gracia. Yo le concedo el perdon , dixo el Rey. Un palaciego enemigo del Ministro , y que habia oido

los discursos del esclavo, dixo, de allí á algun tiempo al Príncipe: Señor, vuestro Ministro os ha engañado; aquel esclavo desgraciado proferia las mas horrendas imprecaciones contra vuestra Real Persona. Entónces le respondió el buen Rey: la mentira con que se ha procurado engañarme es humana, y tu verdad es cruel: y despues dirigiendo su palabra hácia su Ministro le dixo: Oh amigo mio tú me dirás siempre la verdad.

EL SUEÑO DEL MALO.

Yo me paseaba con un amigo mio á la hora, que el

Sol vibra con mas fuerza sus rayos por debaxo de un emparrado de árboles altos y copudos, que con sus ramas entrelazadas formaban una bóveda verde impenetrable á los rayos del Sol; un arroyuelo corria mansamente por entre estos árboles, y mantenía la frescura de un espeso césped, que convidaba al reposo. Ví al Visir Karoun recostado sobre el césped, y advertí que dormia. Gran Dios! exclamé: la memoria de tantos infelices como él ha hecho, no turba el sueño de Karoun? Mi amigo que me escuchaba, me respondió: Dios concede algunas veces el sueño á los malos, á fin

de que los buenos esten tranquilos.

EL REY JOVEN.

Un Rey al tomar posesion de su corona halló inmensos tesoros en los cofres de su padre : abrió las manos de su magnificencia , y las riquezas del Príncipe se derramaron sobre todo el pueblo. Un Visir le reprendió su liberalidad, y le dixo : Si el enemigo acometiese vuestras fronteras, ¿ qué medios tendrias para resistirle despues de haber distribuido todo el dinero á vuestros vasallos? Entonces le contextó el Rey, le volveria á pedir á mis amigos.

LA VISION.

Aaron Raschild en uno de sus sueños fué transportado á los infiernos. Allí encontró aun Dervich, y á un Rey. Por qué estas aquí, preguntó al primero? Por haber tenido la ambicion de un Rey. Y tú, preguntó al segundo. Por haber tenido la devocion de un Dervich.

EL ZELO.

Un Jóven habia vivido algun tiempo en compañía de los Molacks, y habiendo tomado su caracter volvió á casa de su padre hombre sábio y virtuoso. Sucedió que

una noche estando acostado en un mismo cuarto, y en medio de toda su familia, él no cerraba los ojos, repasaba el Coran; y leía en alta voz algunos lugares suyos. La lectura despertó á su padre, lo qual notado por el jóven le dixo: ¡Ved como vuestros hijos están sepultados en un profundo sueño sin pensar en Dios! Hijo mio, le respondió el padre, valdría mas dormir, que velar para notar las faltas de tus hermanos.

EL CONVERTIDO.

La misericordia Divina habia guiado á un hombre vicioso á una sociedad de sá-

bios , cuyas costumbres eran tan santas y puras , que penetraron su corazon de las virtudes de sus compañeros. No tardó en imitarlos , y en perder sus hábitos antiguos , y llegó á ser justo , sobrio , sufrido , amigo del trabajo y benéfico. No podian negarse sus buenas obras , pero se interpretaban mal , y se le suponían motivos odiosos: se le alababan sus buenas acciones , pero se detestaba su persona , se pretendia juzgarle por lo que habia sido , y no por lo que era. Esta injusticia le penetraba de dolor , y para consolarse esparcía sus lágrimas en el seno de un sábio anciano mas justo y

mas humano que todos los demás. ¡O hijo mio! le dixo el viejo, tú vales mas que tu fama; dá gracias al Cielo. Dichoso aquel que puede decir: ¡Mis enemigos y mis rivales censuran en mí vicios que no tengo! ¿Qué te importa, si tu eres bueno, que te persigan los hombres como malo? ¿No tienes para consolarte dos testigos fieles de tus acciones, Dios y tu conciencia?

EL BUEN MINISTRO.

El poderoso Aaron Raschild comenzaba á sospechar que su Visir Giafar no merecia la confianza con que

le habia honrado: las mugeres de Aaron, los habitantes de Bagdad, los Cortesanos, los Dervichs censuraban con amargura la conducta del Visir. El Califa amaba á Giafar, y no quiso condenarle solo por los simples clamores de la Ciudad y de la Corte. Determinó visitar su Imperio, y vió por todas parte la tierra bien cultivada, risueñas las campiñas, opulentas las aldeas, las artes útiles honradas, y la juventud alegre. Visitó sus Plazas de armas, y sus puertos de mar, y vió numerosos baxeles, que amenaban las costas de Asia y Africa; guerreros disciplinados y contentos, que junta-

ban sus votos con los marineros y aldeanos , y todos exclamaban: ¡Gran Dios! bendecid á vuestros fieles prolongando los dias de Aaron Raschild, y de su Visir Giafar: Ellos mantienen en el Imperio la paz, la justicia y la abundancia: Vos manifestais, gran Dios, vuestro amor hácia los que os sirven dándoles un Califa como Aaron, y un Visir como Giafar. El Califa penetrado de estas aclamaciones entra en una Mezquita, se pone de rodillas y exclama: ¡Poderoso Alá! yo te doy las gracias, porque me has dado un ministro de quien murmuran mis cortesanos, y mis pueblos hablan bien.

LA BENEFICENCIA.

A medida que el tiempo hace pasar delante de mis ojos una série de acontecimientos, y desde que el color de mis cabellos, es como el de los cisnes que se bañan en los jardines del Rey de los Reyes, he pensado que el soberano Arbitro de nuestros destinos que hizo al hombre y la virtud, jamás dexa sin placer el corazon del hombre de bien, ni una buena accion sin recompensa. Escuchad hijos de Adán, escuchad esta verdadera historia.

En uno de los fértiles valles que encierra la cadena

de las montañas de Arabia habitaba mucho tiempo había un rico pastor , á quien yo conocí feliz y vivir contento. Un dia que se paseaba á la orilla de un torrente en la alameda de los palmos, que estienden sus hojas oscuras hasta el pie de los verdes cedros de que la cima de las sierras está coronada, oyó una voz que llenaba algunas veces el valle de sus penetrantes gritos , y cuyos sollozos sofocados , apenas se distinguian otras del ruido del torrente.

El viejo pastor corrió á los sitios de donde la voz salía , y vió á los pies de una roca á un jóven medio en-

terrado en la arena ; sus vestidos estaban desgarrados, sus cabellos caían desordenadamente sobre su semblante, en donde las gracias de la juventud estaban marchitas por el dolor ; sobre sus mejillas se veían las señales de las lágrimas , y su cabeza reclinada sobre su seno , parecía á la rosa abatida é inundada por la tempestad. El rico pastor conmovido se acercó al jóven , y le dixo: ¡O hijo del dolor! vén á mis brazos , permite estrechar contra mi seno al hombre que gime , y cuyas penas me hacen suspirar.

El jóven levantó la cabeza, y guardando un profun-

do silencio , fixó en el anciano algun tiempo los ojos, sorprehendido de hallar beneficencia y piedad. La sola vista del buen pastor debia darle confianza , porque sus ojos estaban humedecidos y llenos de dulzura y de fuego , teniendo aquellas miradas vivas y tiernas , que hacen siempre hablar á los infelices. El jóven se levantó todo cubierto de polvo , y se arrojó á los brazos del pastor , dando un grito que repitieron las montañas : O padre , decia ; ó padre mio!... Quando la conversacion y las caricias del anciano le tranquilizaron un poco , éste le hizo muchas preguntas , á las

quales el jóven respondió así.

Tras de estos grandes cedros que veis sobre la mas alta de las montañas , está la alquería de Shel Adar , padre de Fatima : la cabaña de mi padre no está lexos de allí. Fatima es la mas hermosa entre las muchachas de las montañas , yo me habia ofrecido á apacentar los rebaños de su padre , y el habia consentido en ello. El padre de Fatima es rico , y mi padre es pobre , yo amaba á Fatima , y Fatima me amaba á mí: su padre lo notó , nosotros le confesamos nuestro amor ; y él me quiso obligar á alexarme del

país de su hija. Yo me arrojé á sus pies , y le dixé : O padre de Fatima , déxame á lo menos habitar el valle que tú habitas , yo consiento en no hablar mas á Fatima , no sabré ni aun si ella me ama , te prometo que no lo sabré : dame á apacentar uno de tus rebaños lexanos , y permite que yo sirva al padre de Fatima. Pero ¡ ah ! Shel-Adar me lo ha negado todo , me ha tratado cruelmente , y yo no tenía la fuerza de dar un paso para alexarme de su casa ; pero el ha amenazado á Fatima , y heme aquí lexos del valle donde mora. Fatima es infelíz , mi padre está enfermo , yo he perdido á mi ma-

dre, y tengo dos hermanos tan tiernos, que apenas pueden llegar á las ramas mas baxas de las palmas, mi padre y hermanos recibían su subsistencia de mí, que lo recibía todo de Shel-Adar: Yo me muero.

Hijo mio, le dixo el anciano, vamos juntos al valle de Shel-Adar, yo te ayudaré á caminar, vén. El jóven se conviene, pero apenas podia tenerse: acercandose á él vieron á Fatima que estaba pálida y abatida. El jóven le dixo al anciano, he aquí á Fátima, mas el anciano entró en la casa de Shel-Adar, y le dixo.

Una paloma de Alep fue

transportada á Damasco , en donde vivia con una paloma del país: su Señor temió que la paloma de Alep no llevase algun dia su compañera, y la separó: las palomas dexaron de comer el grano que él las daba en su mano, se pusieron flacas , y murieron. ¡ O Shel-Adar! no separes aquellos que no viven, sino porque viven juntos: ¿El jóven que has despedido de tu casa tiene virtud? Shel-Adar respondió. El Profeta me sea testigo de lo que voy á decir: lo que un lirio es entre los narcisos, ese jóven lo es entre los fieles: el aventaja á todos los pastores mozos en piedad , bondad,

y vigilancia; pero es pobre. ¡Ah! dixo el pastor anciano, mis hijos y yo tenemos rebaños sin número, yo poseo todo el rico valle de Horofa, y puedo enriquecer á este jóven: una parte de mis rebaños estará mañana á tu disposicion, si consientes en darle la mano de Fatima. Shel Adar prometió darle su hija, y el anciano se retiró.

A la mañana siguiente envió á la alquería de Shel Adar rebaños de ovejas mas blancas que lo están las cimas de las sierras mas altas por el invierno, y yeguas mas hermosas y ligeras que la que montaba el Profeta.

Algunos días despues de esta accion , el rico y buen pastór se puso en camino hácia los grandes cedros , baxo de los quales está situada la alquería de Shel-Adar. Escuchad hijos de los hombres, escuchad:

El buen pastór iba á salir de un bosque , donde corría un arroyo guarnecido de higueras , á cuya sombra vió sentado en un cerro á Shel-Adar , que tenía la mano de un viejo , cuya fisonomía tenía un carácter de sabiduria y de alegría , y que miraba frecuentemente á Shel-Adar con ojos llenos de contento: Shel-Adar tenia en los suyos la misma expresion. El buen

pastór los vió, y se detuvo para gozar de todo el consuelo que puede dar el espectáculo dulce y magestuoso de la ancianidad contenta. Los dos ancianos se mostraban uno á otro muchos jovencillos, entre los cuales habia dos niños bien vestidos, que tan pronto saltaban sobre la yerba, como venian á acariciar á los viejos, con la salud, la viveza, y la travesura de su edad. El buen pastór supo que estos dos niños eran hermanos del esposo de Fatima, y que el anciano que tenía por la mano á Shel-Adar era su padre.

Mas cerca del pastór á la

orilla del bosque estaban Fatima y su esposo sentados sobre la yerba. Muchas veces quedaban inmóviles, y otras se miraban uno á otro y sonreían tan dulcemente, que solo el hábito del placer parecía haber hecho risueños sus rostros: otras veces los tiernos esposos interrumpían su delicioso silencio con caricias vivas y modestas, en que se veía estaban contenidos por la presencia de sus padres, y especialmente por su respeto hácia los hijos. Otras en fin, se miraban todos, y cada uno parecía embriagado de la felicidad de lo que le era querido y propio. La alegría que los animaba, se

manifestaba del mismo modo en todos sus semblantes, como la savia cubre de flores parecidas todas las ramas de un naranjo.

El buen pastór los mira alternativamente , y estendiendo su vista por el prado, vé los rebaños que él habia dado , mezclados con los de Shel-Adar , á quien excedian en lozanía: El buen pastór veía estos rebaños, y oía á cada uno de sus pastores celebrar en sus cánticos la felicidad de sus dueños, y las suyas.

O hijo de Adan , yo no he añadido ni quitado nada, y no he hecho mas que la relacion fiel que te habia prometido.

EL CORTESANO.

Nurisban el justo, yendo un día á caza, quiso comer de la que él habia muerto; pero no teniendo sal, envió á buscarla al Lugar mas vecino, prohibiendola traer sin pagar. ¿Pues qué mal habría, dixo uno de los Cortesanos, en que el Rey no pagára un poco de sal? Nurisban respondió; si un Rey coge una manzana en el jardin de uno de sus vasallos, á la mañana siguiente los Cortesanos cortan los árboles.

LA EXACTITUD.

Un Rey de Arábia hizo recompensar á uno de sus Oficiales con magnificencia, no porque este Oficial tuviese grandes talentos, ni porque hubiese hecho grandes servicios, sino porque cumplía con sus deberes exâctamente. La exâctitud en los Oficiales del Príncipe, es la señal mas ordinaria de un Imperio bien gobernado.

LA REFLEXION.

Un Rey virtuoso en un momento de cólera, iba á hacer perecer á un inocente. O Rey, le dixo él, mi su-

plicio va á acabar con mi vida, pero el tuyõ va á comenzar. El Rey le perdonó.

LOS SABIOS Y DERVISES.

Un hombre habia abandonado la sociedad de los Dervises, y se habia retirado á la de los sábios. ¿Qué diferencia, le preguntaba yo, hallais vos entre un sábio y un Dervis? — Ambos á dos atraviesan nadando un gran rio con muchos de sus hermanos: el Dervis se separa de los demás para nadar más cómodamente; el sábio, al contrario, nada con la gente, y dá la mano á sus hermanos.

EL MOMENTO PRESENTE.

Pasando un dia por un valle extraviado ví á un joven, de quien huía con celeridad una bella muchacha, toda en el desórden; yo me acerqué á él y decía: Yo me veo en la flor de mi edad, el jardin del amor me promete los mas dulces frutos, yo soy rico y puedo comprar las mas bellas doncellas de la Circasia; pero yo renunciaría á las mas bellas muchachas de la Circasia, á los frutos mas dulces del jardin del amor, á mis riquezas, á mi juventud misma, si pudiera lograr á Darrisa, que se ha escapado de mis brazos. Yo compadecí

la locura de este jóven , y continué mi camino.

Paseandome otro dia en los jardines del Rey de Damasco , oí cerca á un hombre que lanzaba profundos suspiros , y solo estaba separado de mí por un enrejado de verdura , por entre la qual le ví : las mas hábiles manos de los obreros de Damasco habian tegido sus trages de las mas ricas sedas de la Siria. Su semblante era tan triste , como eran magníficos sus vestidos : sus negras cejas se baxaban sobre sus ojos : sus miradas eran sombrías : todos los músculos de su semblante estaban en movimiento y en contraccion , y de-

cía : ¿ qué me sirve ser bien tratado del Rey , poseer hermosas casas y mugeres bellas? ¡ Puedo yo gozar de mis riquezas y de mi favor , mientras que Ali-Nasru sea el único depositario de la autoridad! Yo tengo el favor del Príncipe , Ali-Nasru tiene su confianza ; yo soy honrado , pero él es poderoso. ¡ Ah! por gozar de su poder por el espacio de una sola luna , yo daría mis riquezas , mi dignidad , y aún mi vida : sí , demasiado feliz sería yo en perderla , si pudiera ponerme antes en el lugar de Ali-Nasru.

Quando partí de Damasco para volverme á la Persia,

Hegué cerca de un río, cuyo puente se acababa de caer : un hombre estaba á la orilla : las rugas comenzaban á surcar sus mexillas , y el tiempo habia ya encanecido su barba : él corría por la ribera , la abrazaba , se revolcaba en la arena , y decía : ¡qué desgracia para mí no poder atravesar este río y llegar á la Ciudad ! yo iba á concluir en ella un mercado que podía doblar mis ricos tesoros ; ¿y para qué me sirven mis tesoros , sino puedo aumentarlos ? De buena gana renunciaría á mis mugeres , á mis hijos , á la Ciudad en que he nacido , á la mayor parte de dias que tengo que

vivir, por vadear este maldito rio. Dexé á este hombre, y continué mi camino hácia la Pérsia.

Atravesé los desiertos de Mesopotámia, y encontré un caminante á quien se le habia acabado habia dos dias la provision de agua, y decía: yo daría mis bienes, mis placeres y la mayor parte de mi vida, por un solo placer. Me quisiera hallar á la orilla de un gran rio, y entrar primero en ella, yo vería al agua batir mis piernas, bajaría mas, y sentiría todos mis miembros rodeados por las ondas: sola mi cabeza dexaría elevada sobre las aguas, para meterla freqüen-

temente , no solo por beber á largos tragos , ó por saciar la sed bebiendo , sino para que no hubiese una sola parte de mi cuerpo que el agua no penetrase. Hice dar agua á este pobre hombre , y proseguí mi viage.

Recorrí en mi pensamiento lo que acababa de oír , y lo que habian dicho el jóven desesperado de los rigores de Darisa , el viejo que no podía pasar el rio , y el cortesano de Damasco , y caminaba abismado en mis pensamientos , diciendome: es pues , posible que yo me contente con el vallecillo de Abíla , quando puedo llegar á la bella llanura de Senaar ? Un

alverchigo de este valle puede, pues, tentarme tanto, que me haga llegar demasiado tarde á la plaza de Bagdá, donde se venden las mejores frutas de la Asia? ¿y olvidaría al borde de un lago el espectáculo magestuoso de los vastos mares? ¿Qué el deseo que ahora tengo, puede borrarame la impresion de qualquier otro deseo, y aniquilar para mí todo el tiempo fuera del momento en que estoy!

¡O débil mortal! ¿Puedes tú, pues, sacrificar los placeres de una estacion á los de una luna; los de una luna, al de un dia, y la vida á un momento? ¿Qué poder reciben

los objetos de su proximidad? Ellos nos hacen contar por nada todo lo que está retirado de nosotros por el tiempo ó por el espacio : lo que obra de presente sobre mis sentidos y sobre mi corazón, hace desaparecer lo demás.

Estas reflexiones me afligian. ¡O, decía, qué de veces el hombre está fuertemente tentado á perder su felicidad! Yo pretendí animarme, recordarme cuál era el poder de la razón, y los socorros que podia esperar de ella. La razón es un amigo que me advertirá el precipicio en que yo pudiera caer: baxando de la montaña me gritará que dé la vuelta.... pero la baxa-

da es rápida, ¡y si ella me arrastra!....

En mi razon hay una série de sentimientos que la experiencia me ha dado, y que mi memoria conserva; pero el tiempo los debilita, ¿y qué pueden ellos contra el sentimiento que un objeto presente me inspira en el momento presente? La voz de la razon, es la voz de un amigo que me llama en la lejanía, á quien apenas se oye.

O Saadi dá fuerza á tu razon, acuerdate á menudo los hechos y los acontecimientos en que están fundadas las máximas de los sabios: hazte imagenes vivas de la felicidad que debe ser la re-

compensa del sábio, y de las miserias en que cae el insensato, y tú interesarás tu corazón en ser virtuoso. No separes en tu memoria el precepto del exemplo: que la virtud esté sin cesar presente á tus ojos, y te parezca tan hermosa, que te sea imposible dexar de amarla: dála un cuerpo, y percíbela por tus sentidos. O amigos míos, si á pesar de este socorro me veis vosotros algunas veces vacilar en el camino de la vida, sostenedme; si caigo, no os riais de mi caída; y si me quiero levantar, dad la mano al compañero de vuestro viage.

LA FILOSOFIA.

Abuneker y yo nos amábamos con toda la fuerza y el fuego que dán á la amistad la juventud y la pobreza : el Angel que vela sobre los buenos conduxo á mi amigo por la mano. Abuneker engañó la vista del malvado, y llegó á agradar al Soberano Señor de los Señores, que le colmó de gracias; pero él no se creyó rico hasta el dia que yo dexé de ser pobre.

Luego que tuvimos una fortuna segura, mi amigo se estableció en la Provincia de Cakemira, y yo en la campiña de Esquiras: arreglados mis negocios visité á Abu-

neker , le abrazé , oí sus palabras , él oyó las mías , y yo creí volver á los alegres dias de mi juventud.

La casa de Abuneker estaba situada sobre el declive de un collado que dominaba uno de los mas ricos Cantones de la opulenta Cakemira , el paraíso del Asia , cuya comarca defendida por las montañas del Immaüs de todos los vientos frios y malsanos , presenta su seno á los rayos del medio dia : dos grandes rios hacen por toda ella largos rodeos , formando innumerables islas , y la riegan mil arroyos , cuyos bordes sombreamos árboles de toda especie.

Abuneker poseía una cam-

piña estendida, que él cultivaba con esmero, y le producía inmensas riquezas: iba sin cesar de una á la otra de sus quintas á presidir los diferentes cultivos, á determinar su tiempo, y el de su recoleccion. Sus mugeres (que tenía dos) se amaban mutuamente, y cuidaban de su casa y jardines.

Al salir la aurora el Imán llamaba á todos los sirvientes de Abuneker para orar, los que despues de haber levantado sus manos al Eterno, iban á sus trabajos, que interrumpian en el mas riguroso calor para tomarlos de nuevo, y continuarlos hasta la noche.

Yo acompañaba á Abuneker varias veces, recorría y veía con transporte: sus campiñas cubiertas de hombres aplicados á la labor que bendecían á Dios y á mi amigo. Habia tres lunas que yo estaba en su casa, y en ninguno de sus domésticos habia visto descontento, cansancio, ni pereza, y pensando en la dulce situacion del amigo de mi corazon, daba gracias al Cielo, y me saltaban de los ojos lágrimas de alegría.

Pero Abuneker tenía en su casa un hombre que amaba mucho, y que sus mugeres y domésticos, fuera del Imán, trataban con estima-

cion. A mí tampoco me agradaba de ningun modo aquel hombre, en quien yo no veía empleo alguno en una casa tan bien ordenada: él se levantaba tarde, y jamás se hallaba á la oracion de la primera hora: yo solo le veía coger flores en los jardines con las mugeres de Abuneker, y hablar algunas veces en el campo con los trabajadores, á quien divertía de su trabajo. Quando se paseaba solo, echaba miradas tan contentas sobre la naturaleza, que parecía persuadido á que se hermoseaban los campos para el placer de sus ojos, y que se levantaba el zéfiro para refrescarle y llevarle el

perfume de las flores. En fin, yo estaba indignado de verle ocioso en medio de una familia activa y laboriosa. Dando parte de mis pensamientos á mi amigo; ¿qué haceis, le dixé, de Zuleimán que todavia está fuerte y de nada sirve? ¿por qué se trata bien al hombre ocioso en la casa del trabajo? ¿cómo ha merecido tener parte conmigo en el corazon de Abuneker?

Mi amigo me respondió: ó Saadi, respetad al sábio Zuleimán: sus manos no cultivan la tierra, pero su razon ilustra á los hombres. Antes de su llegada yo no conocía los límites de la firmeza, ni

los de la indulgencia: no tenía paz en mi familia, ni en mi corazón: sentía demasiado el placer de hacerme obedecer: había abandonado la Pérsia donde estaba fastidiado de la tiranía, y yo me había hecho un tirano; pero luego que Zuleimán me instruyó en la ciencia de los sábios, yo templé mi autoridad: hasta entonces había tenido sirvientes; y el día que yo me hice justo, me hallé rodeado de hermanos, se me hicieron queridos cuando hallaron que alabar en mí, y sentí el placer de amar, estendiendo mi corazón. Mis mugeres solo se ocupaban en disputarse mi amor y abor-

recerse ; gracias á Zuleimán, ellas han conocido sus deberes , y dexando de enfadarse, han dexado de aborrecerse. La morena Niaré es altiva y caprichosa , pero jamás ha tenido conversaciones con Zuleimán de que no haya sacado dulzura, razon y buen humor ; la roxa Felma es tímida , su espíritu es débil, tiene malos sueños que la espantan , y Zuleimán la anima. Por mucha que sea la amistad con que mis mugeres y yo tratemos á nuestros domésticos, ellos tienen momentos en que su estado les humilla ; Zuleimán les enseña á estimarse , poseyendo las virtudes de su estado : si

les sucede algun bien , él vá á participar su alegría , y les advierte algunas circunstancias que deben aumentarla, y que ellos no conocian. Si tienen penas , él los consuela presentándoles la pintura de sus virtudes , y abriendo su alma á la esperanza. Yo tenía un Imán agrio que contrariaba á Zuleimán en todo; pero como vale mas perder un Imán que un amigo , despedí al Imán. Ahora tengo uno mas tratable , que se ha dexado persuadir por Zuleiman que mis gentes pueden agradar á Dios , viviendo como hermanos , y sirviendome bien.

Zuleimán conoce el Cie-

lo, la tierra, las causas de los fenómenos, y nos preserva de mil errores: conoce los animales: sabe que plantas, que granos, que yerbas y que abonos convienen á los diferentes suelos: él ha perfeccionado nuestra agricultura, y los instrumentos de que se sirven nuestros obreros: él nos enseña á hacer cambios ventajosos de nuestras rentas: él nos hace sentir todos los dias quanta necesidad tiene del hombre que piensa el hombre que trabaja, y el que dirige á los hombres: nosotros le debemos una parte de nuestras riquezas: nosotros le debemos hasta el arte de gozar de ellas:

y nosotros en fin le debemos estar contentos los unos de los otros, de la naturaleza, y de nosotros mismos.

LA FORTUNA.

Uno de mis amigos se me vino á quejar así un dia de su situacion : yo no tengo fortuna , y tengo una familia numerosa : ya no puedo soportar mas tiempo el peso de su miseria y la mia: he pensado huir de mi patria, donde me avergüenzo de mi pobreza : en los países lexanos aunque sea pobre , no me avergonzaré, porque no seré conocido : muchos infelices se han dormido con un sue-

ño eterno en el seno del extranjero , y han hallado alguna dulzura en no ser despreciados ni compadecidos: el único motivo que me detiene todavía , es que no quiero dexar triunfar á mis enemigos , que dirán si me voy: mira el miserable que se destierra , porque el placer jamás le ha sonreído en su patria. Si yo me puedo sobreponer á estas voces y partir, mis conocimientos y talento me podrán ser útiles en los demás países; escribo medianamente, sé la aritmética , y si tu me quieres recomendar á tu amigo el Gobernador de Ghulistan , que ya me quiso emplear en los nego-

cios del Rey , la fortuna se cansaría de perseguirme , y acaso llegaría á las dignidades. Amigo , le dixé yo , mira lo que haces , hay dos suertes de empleos cerca de los Reyes , los que dan lo necesario , y los que dan el poder: en los primeros vivirás tranquilamente ; pero en los segundos estarás rodeado de peligros : es , pues , menester que te resuelvas á contentarte con poco , ó á temer muchísimo. Mi amigo me responde , que en el estado en que estaba , no quería hacer tales reflexiones , que la esperanza era su único consuelo , y quería abandonarse á ella ; que por lo demás su

hombria de bien haría siempre su seguridad. ¡Ah! le dixe yo, tú me acuerdas la fábula de cierto zorro algo mas prudente que tú lo eres. Uno que le vio un dia correr con todas sus fuerzas, huyendo hácia su cueva, le preguntó: ¿á que viene esa huída tan precipitada? ¿has cometido algun delito, cuyo castigo temas? Ninguno, dixo el zorro, á Dios gracias mi conciencia no me reprehende nada; pero acabo de oír decir á los Oficiales del Rey que necesitan un dromedario. — ¿Y qué tienes tú que ver con un dromedario? Dios mio, dixo el zorro, las gentes de talento tienen siem-

pre enemigos , si alguno se le antojára mostrarme á los Oficiales del Rey , diciendo : vé aquí un dromedario, me cogieran y encerrarian. Amigo mio , volvamos á tí: yo conozco tu integridad; pero los hombres falsos te ocultarán las redes , y te harán caer : acaso el malvado hará que el Príncipe escuche su voz lisongera.... ¿Y quién hallarás tú que tome entonces tu defensa ? Ten moderacion: el mar es el camino de las riquezas ; pero si apeteces la seguridad , quedate en la ribera. Yo te aconsejo como amigo ; pero no te niego mis servicios : te daré la carta para el Gobernador de Ghulistan.

De hecho mi amigo partió con mi carta la mañana siguiente, y el Gobernador le dió primero un empleo corto, donde se vió su juicio, su habilidad y cultura: adelantó en breve, é igualmente gustó en los empleos mas altos, y al fin se acomodó en la Corte. El Rey se aficionó á él, le estimó, fue su favorito, y se le señalaba con el dedo: he aqui, se decía, el amigo de nuestro Soberano. No tardó en darme parte de sus adelantamientos, que aumentaron mi alegría: loado sea Dios, decía yo entre mí, no se debe renunciar nunca á la fortuna: las fuentes del bien y del mal están

ocultas, y nosotros ignoramos cuál de ellas se abrirá para regar el espacio de la vida.

Poco tiempo despues yo hice la peregrinacion de la Meca, y encontré á mi regreso en una vega inculta, pero muy agradable, á un hombre en trage de paisano, que salió de una cabaña y se vino á mí riendo y cantando hasta el camino cubierto de grandes árboles, y me dixo: los cortesanos que tú me pintaste, han sido mis enemigos desde el dia en que el Rey me acercó á su persona: ellos me han acusado de conjuraciones contra el estado, y de inovaciones peli-

grosas: el buen Rey no ha podido conocer la verdad de mi inocencia , porque mis amigos , aquellos á quien mas había yo obligado , han guardado silencio , y aun algunos se han juntado á mis acusadores. He estado en una horrible prision , donde he gemido largo tiempo ; he salido de ella , y estoy desterrado , despues de haber perdido mis riquezas. Tu me vuelves á ver pobre , pero contento , porque conozco los hombres y la fortuna , y tengo una cabaña y un campo que cultivo , y basta á mis necesidades y á las de mi familia.

EL VIAGE A LA MECA.

Yo hacía la peregrinacion á la Meca con una tropa de amables jóvenes, de admirable alegría y sensibilidad, inclinados igualmente al placer que á la virtud, cuyo carácter me encantaba, y cuya compañía me recordaba los agradables sentimientos y los pensamientos de mi edad juvenil. Ellos cantaban tan pronto sus amores, como las gracias de la amistad, algunas veces las de la beneficencia, y otras al autor de la naturaleza, y confesándose colmados de sus beneficios, eran felices con reconocimiento.

Juntóse á nosotros un Der-
vich de la montaña de Petra,
á quien fastidiaban los gritos
de alegría , y á quien enfure-
cía hasta nuestra complacen-
cia: la única señal de interés
que él nos dió , fue desear-
nos que salieramos pronto de
nuestra embriaguéz.

Un día que llegabamos á
la Aldea que habita la fami-
lia de Jakias , hijo de Helal,
salieron á nosotros niños y
muchachas , que nos traían
cantando y bailando , leche,
frutas y pan : el placer esta-
ba en sus ojos , y su alegría
aumentaba la nuestra.

Estabamos en la estacion
en que el sol llega al signo
de Aries : las hojas de las ro-

sas habian dividido los hilos verdes que la envuelven , y los ramos de los granados floridos brillaban como el fuego : el sol iba á ponerse , y las montañas del Occidente habian ya interceptado sus rayos : los rebaños volvian al establo triscando , y los jóvenes que los conducian tocaban unos la gayta, otros cantaban : los paxari- llos del campo no habian aun cesado en sus cánticos , y ya el ruyseñor habia comenza- do los suyos. El feróz Der- wich estaba triste en medio de aquella universal alegría ; ar- rancaba para su cena algu- nas raíces insípidas , y pen- saba pasar la noche sobre la

arena. Yo le dixe , hombre desdichado , ¿estás sordo á la voz de la armonía que resue-
na en toda la naturaleza? ¿Puedes oír sin conmocion los cánticos de los gozosos jóvenes , los alegres ayres de la alondra que baxa de los cielos , y la tierna y delicioso-
sa cancion que el ruysenor ha comenzado? ¿No ves que en su canto te dicen su felicidad? ¿No ves los saltos de los ligeros corderos , y los movimientos de los camellos que se regocijan baxo de la carga pesada que les oprime? ¿De qué especie eres , pues , tú , sino participas el sentimiento de todo lo que respira? Mira estos árboles úti-

tes, vé como el zéfiro agita sus ramas floridas, sin que impriman ningún movimiento en la roca, á la qual se parece tu corazon árido y duro. ¡Oh! si tú no amas el bien, ¡qué motivo tienes para hacerle! Estiende tu vista al rededor de tí, mira esas fértiles campiñas, esos cielos y esos mares: ¿qué es el mundo? La obra de un Dios bueno. ¿Qué homenaje exige de tí su bondad? Tu placer y una acción de gracias: ¿qué deber te impone su bondad? El bien de los otros. Goza, he ahí la sabiduría: haz el bien, vé ahí la virtud.

O hermanos míos, elegidos de Mahoma, discípulos

fieles, discípulos de Hali, de Brama, ó de Zerdust, escuchad las palabras de Saadi, escuchadlas con los oídos del alma.

Quando Dios mandó al sol estender la luz por la inmensidad de los Cielos, y derramar la fecundidad sobre el globo de la tierra, y los hombres se dispersaron con sus compañeras al norte, al medio dia, al oriente y al occidente, les dixo: gozad de los elementos y de las delicias del alma: á todas partes donde guieis vuestros pasos, encontrareis vuestros hermanos, sed útiles unos á otros, y la tierra florecerá baxo de vuestras manos, y

los leones, las panteras, y los tigres respetarán vuestra union.

El hombre olvidó las palabras del Altísimo: el hermano quiso mandar al hermano, y fueron enemigos: el injusto empleó sus armas contra el inocente, y le sometió.

Dios se dignó salir otra vez de la nube luminosa que rodea su trono: baxó entre la tierra y las esferas, y haciendo escuchar el trueno de su voz, dixo á los hombres: heos aquí unidos en grandes pueblos, ¡ó pueblos, seos útiles los unos á los otros! Que las producciones del medio dia pasen al norte: que las luces del oriente ilumi-

nen el occidente, y permaneced unidos, que ese es vuestro interés y el de vuestros Soberanos.

EL ABENAKI.

Cuento Americano.

En las últimas guerras de la América una tropa de salvages Abenakis deshizo un destacamento Inglés; los vecinos no pudiendo huir de los enemigos mas ligeros que ellos en la carrera, y encarnizados en perseguirlos, fueron tratados con una barbarie de que hay pocos exemplos aun en aquellas comarcas.

Un jóven Oficial Inglés perseguido por dos Salvages, que se acercaban con la hacha levantada, solo pensaba en vender cara su vida, no esperando ya librarse de la muerte; pero al mismo tiempo un Salvage viejo, armado de un arco, se acercó á él dispuesto á pasarle de un flechazo, quando repentinamente baxa su arco, y corre á interponerse entre el Oficial y los dos bárbaros que iban á asesinarle, y que entonces se retiraron con respeto.

El viejo tomó al Inglés por la mano, le animó por sus caricias, le conduxo á su cabaña, donde siempre le

trató con una dulzura , de que no se desdixo jamás , le hizo mas bien su compañero que su esclavo , le enseñó la lengua de los Abenakis , y las lenguas groseras usadas en aquellos pueblos. Vivian muy contentos el uno del otro ; una sola cosa daba inquietud al jóven Inglés , y era que algunas veces el viejo fixaba los ojos en él , y despues de haberle mirado por algunos momentos, prorumpía en lágrimas.

En esto volvió la primavera , los Salvages volvieron á las armas , y se pusieron en campaña : el viejo , que estaba aún bastante robusto para soportár las fatigas de la

guerra, partió con ellos acompañado de su prisionero,

Los Abenakis hicieron una marcha de mas de doscientas leguas al través de los bosques; al fin llegaron á una llanura , donde descubrieron un campo de Ingleses. El viejo Salvage se le hizo ver al jóven Oficial , observándole su semblante.

He aquí tus hermanos , le dixo , velos aquí , que nos esperan para combatir. Escucha: yo te he salvado la vida, yo te he enseñado á hacer una canoa , un arco , flechas, á sorprender las fieras en el bosque , á manejar la hacha, y á arrancar la cabellera al enemigo. ¿Quién eras tú,

quando yo te he conducido á mi cabaña? tus manos eran las de un niño, que no servian para alimentarte, ni para defenderte, tu alma estaba en la noche, tú no sabías nada, tú me lo debes todo. ¿Serás tú, pues, tan ingrato que te reunas con tus hermanos, para levantar la hacha contra nosotros?

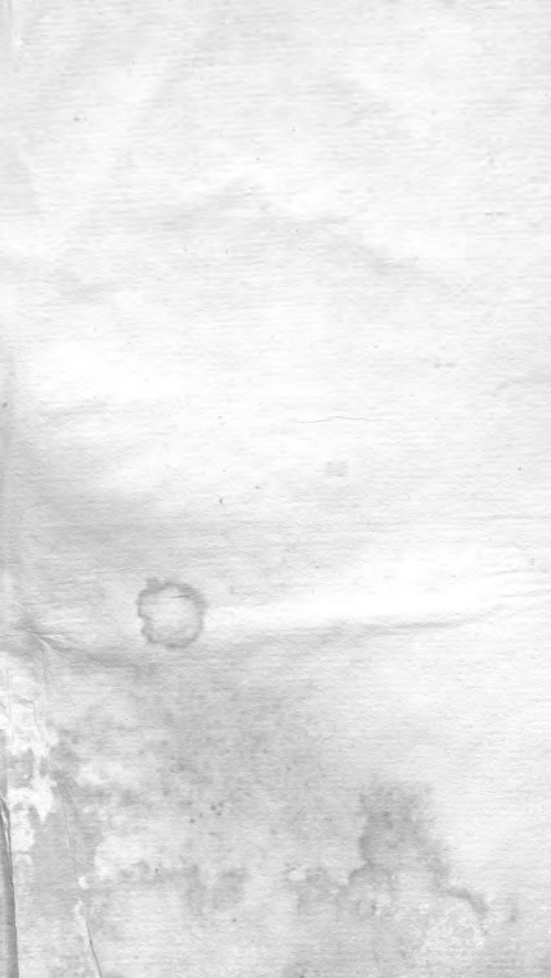
El Inglés protextó que mil veces perdería antes la vida, que derramar la sangre de un Abenaki.

El Salvage baxó la cabeza, apoyando el semblante sobre sus dos manos, y despues de haber estado algun tiempo en esta actitud, miró al Inglés, y le dixo en un tono

mezclado de ternura y de dolor : ¿tienes tu padre? el vivia todavia , dixo el jóven, quando salí de mi patria. ¡Oh, qué infelíz es! exclamó el Salvage, y despues de un momento de silencio , añadió: ¿sabes tú que yo he sido padre?... Pues ya no lo soy. Yo he visto caer en el combate á mi hijo que estaba á mi lado , pero le he visto morir como hombre , mi hijo estaba cubierto de heridas, quando ha caído; mas yo le he vengado, sí, yo le he vengado.... El pronunció estas palabras con energía: todo su cuerpo temblaba , y estaba casi sofocado por gemidos, que no queria dexar escapar;

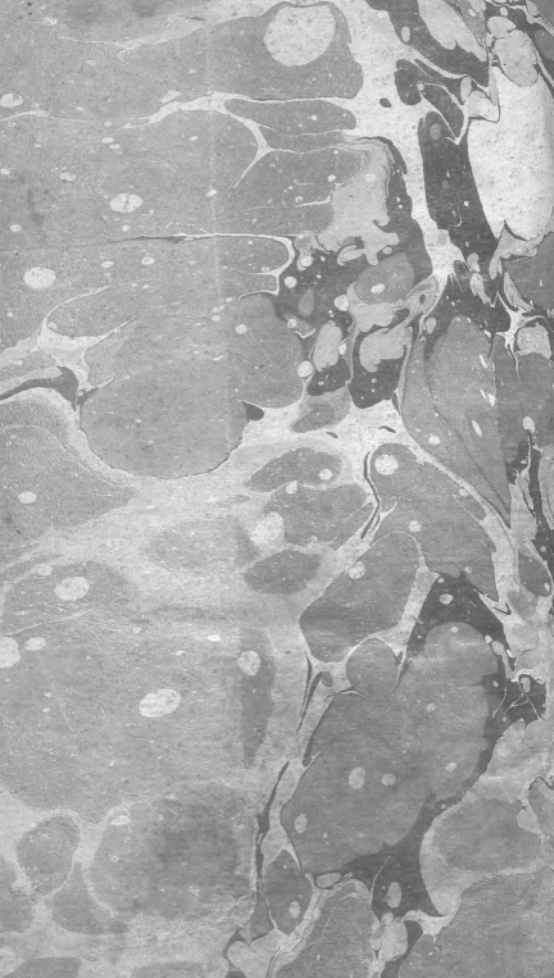
sus ojos estaban extraviados, sus lágrimas no corrían: después se calmó poco á poco, y volviéndose hácia el oriente, donde el sol iba á salir, dixo al jóven Inglés, ¿no ves tú este bello Cielo resplandeciente de luz? tienes tú placer en mirarle? Sí, dixo el Inglés, yo tengo placer en mirar este hermoso Cielo. ¡Pues bien!.... yo no le tengo ya, dixo el Salvage, derramando un torrenre de lágrimas. Un momento después señaló al jóven un árbol que estaba en flor: ¿ves tú ese bello árbol, le dixo, tienes tú placer en mirarle? — Sí, yo tengo placer en mirarle. — Yo no le tengo

ya, replicó el Salvage con precipitacion, y añadió al instante: anda, vete á tu país, para que tu padre tenga todavia el placer de ver al sol quando sale y las flores de la primavera.



1^{ra} replica al Sr. D. Juan de Salazar
y Castañeda, y a los señores
interponedores. En la qual se
pasa a la consideracion de lo
dicho, y se pide de su parte
quando toca, y las leyes de
la primaver.









G-E 293